

Nº29 Agosto 2024

He pintado mis uñas de rojo
como los latidos de mi corazón,
como la sangre que corre por mis venas,
como el aire ardiente del desierto.

Pilar Pérez Viñuales



En este número

Entornos 2: Mariposa *FREIRE*



ANALI UBALDE ENRÍQUEZ
ZULMA MARTÍNEZ
SILENCIOS Y OASIS
RISSELL RODRÍGUEZ
DANIEL ALONSO
ELOY CALVO PÉREZ
ALMUDENA ANÉS
EL RINCÓN DE CRISTIANE
SUSANA ARROYO
LUIS TAMARGO ALONSO
MARTIN TRONCOSO
HELDER J. FERREIRA M.
JORGE MUÑOZ GALLARDO
NOELIA I. AVELLANEDA
CHRISTOPHER A. CERVANTES
J. LONDOÑO HERRERA
MIGUEL ÁNGEL ACUESTA
ÁNGELA M. H.DEZ BETANCOURT
PAOLA RINETTI
MARCOS ÁLVAREZ
JUAN FERNANDO MONDRAGÓN
AXEL FRANKS
ALEJANDRO JACOBSEN
IRINA TALL NOVIKOVA

Visita

Con voz de MUJER

Primero, llegar lo suficientemente temprano como para quedarse dos horas hablando con él. Segundo, llevar una falda no muy sugestiva, por respeto a los otros y seguridad de sí misma. Tercero, llevar a los niños.

Este último punto siempre le resultaba tedioso. En varias oportunidades había intentado explicarle lo que se vivía en esas horas interminables bajo el sol de ese verano implacable: la fila incalculable de mujeres, la arena en los pies y llevar con ella a los niños era aumentar dos fardos más, sumados a las cosas que él le pedía mensualmente y a la pena atravesada en los ojos.

No sabía cuánto tiempo se quedaría allí, el primer día que fue a visitarlo tenía una pelota de lágrimas en la garganta. Era

invierno y su falda se agitaba con la tristeza y el nerviosismo de no conocer el camino, de no saber qué hacer, a quién preguntar, se limitó a acercarse al encargado y preguntarle entre gallos, conteniendo la respiración, por el pabellón H y por dónde ir. Recuerda al encargado, se le veía joven y tostado, seguro recién llegaría de la sierra o lo habían transferido, le indicó el camino resoplando su rudo acento, ella corrió como perseguida y al llegar, la reja, y al pasar, muéstreme el número, y al entrar, el abrazo, las lágrimas, el viento.

Dos veces más fue sola, pero a la cuarta visita él reclamó la presencia de los niños, quería verlos. Le parecían años que estaba encerrado y solo eran meses, el tiempo pasa tan rápido aquí, le había comentado en el taller de cerámica, y afuera le decía ella, pasa tan lento, quiero verlos, le insistía. Hablaba en plural, significaba que también quería ver a Mariví.

Mariví era una niña de cabello oscuro y el rostro peculiar de los que tienen la cabeza en lugares mejores, los ojos rasgados, las mejillas infladas, la boca ligeramente babeante, era su hija mayor. ¿A Mariví también?, le recordó con un rastro de rencor que cuando estaba con ellos, desde que la niña nació, no se había acercado ni una sola vez a ella, no le había dado ni un solo abrazo, no le había dirigido la palabra, mirándola con una vergüenza muda y casi feroz, decepcionado tal vez de sus propios genes, trataba de no hablar de ella, de olvidar que existía. Hasta que llegó su segundo hijo, que era más bien un desquite, unas ganas de hacer bien las cosas y tanto fue el deseo que Manuel nació bello, con las cejas pobladas y la frente limpia, los ojos vivaces y la alegría de su normalidad llenó los días de su padre hasta que lo detuvieron.

Miró hacia la derecha ligeramente, como reflexionando acerca de la pregunta, ¿Y por qué no? repreguntó mirando a su mujer, ella hizo un mohín simpático, como en sus mejores años, tal vez el estar aquí, lejos de ellos, lo había hecho cambiar.

Al sábado siguiente, arregló a los niños lo mejor que pudo y salió temprano. Había elegido para Mariví una blusa blanca y el pantalón que le regaló su abuela, con corazones rosados, su madre tenía tan buen sentido común, ya le había dicho años atrás, que terminaría mal con ese hombre y así era en efecto. Con Manuel no había problema, se veía bien con lo que sea y tenía, además, a su favor, el aprecio del padre. Partió cuando aún estaba un poco oscuro, el viaje era largo y la fila era infame. Allí estaba ella, llevando a su hija al lado derecho, cargando a Manuel en el lado izquierdo. Allí estaba ella, gritándole a Mariví para que cuidara el bolso. Allí estaba ella, arrepintiéndose de haberle gritado, llenándola de besos, al verla sentada encima del mismo bolso, moviendo los pies, con su mirada lunar y babeando un poco.

Con la frecuencia de las visitas, se había dado cuenta que de nada le valía ser tan llorona y tímida y aprendió el lenguaje de las callejeras, como ella misma les llamaba, levantaba la voz y a empujones y groserías hacia respetar su puesto en

la fila, a empellones hizo entrar a Mariví y un carajo fue suficiente para callar a Manuel que ya se ponía majadero con el calor.

Trató de arreglarse un poco antes de entrar al pabellón, sacudió el polvo de los zapatos de Mariví, limpió las lágrimas de Manuel, que estaba enfadado y le decía mala y con todos estos bultos y otros más en su interior, llegó ante él.

Fueron casi graciosas, recordó después ya en su casa, las reacciones de ambos. Completamente inesperado su andar apurado, casi corriendo directamente hacia Mariví, que parecía que iba a pegarle y ella intentó ponerse en medio para protegerla, justo cuando la niña babeaba un "papi" entrecortado. Luego olvidó los pormenores de esa mañana atroz al recordar el abrazo entre padre e hija, largo, estrecho, interminable como la fila de mujeres, parecía que él la veía por primera vez, sus ojos rasgados y su sonrisa babeante.

Mariví parecía comprender la alegría de su padre al verla, se aferró al beso en sus mejillas infladas y de nuevo al abrazo cálido. La madre y Manuel miraban, desde cerca, desde dentro de los recuerdos, desde el sol fragmentado por las rejas, desde las sombras del pabellón H.

Anali Ubalde Enríquez

El presagio

En explosión de azules
despliega la noche su tersura
y, en telones de abedules,
teje diademas de astros
con sus dedos de bruma.

Mas, en mi horizonte, una borrasca
se eleva monstruosa, oscura
y, entre relámpagos, de tus ojos
toda la bonanza se esfuma.

Devorada por las sombras,
en oquedad de indiferencia,
se diluye tu figura
y un presagio de tristeza
océanos de lágrimas augura.

Te dejo partir...

Me abandono a una espera
de manos sin premura,
junto a ese precipicio de silencio
que serán mis días.

Y ahí me quedaré
hasta que este dolor ya no me duela.

Zulma
Martínez

Editorial Silencios y oasis



Hoy en día se puede casi decir que todo el mundo escribe. Y que se llama poesía a casi cualquier cosa. Abundan los “talleres de escritura”, no gratis desde luego, prometiendo el don de la fertilidad y amparándose en determinado curriculum. A mí me parecen en su mayoría una soberana tomadura de pelo, cuando en este mundo difícilmente se juzga la calidad y queda casi todo a una más o menos honesta expresión del yo, eso sí, con muchas ocurrencias a las que hoy llamamos literatura.

Está de moda ser escritor como si fuera la promesa de una vida fácil que casi nadie tiene. Tener un libro publicado ya no es nada especial. Escribir también es una forma de pasar el rato. Entre los que empiezan y los que llegan hay una enorme diferencia en número, sin que el que llegue lo sea por su calidad sino más bien por la inversión. De

dar la brasa sabemos mucho los poetas y ahora también los novelistas, con sus best sellers donde te venden pasión, lujuria guerra y paz, quizá en un contexto histórico la mayor parte imaginario o medieval. Es difícil encontrar algo bueno que haga la diferencia.

Las series de televisión han hecho mucho mal. Un guionista no es nunca un historiador por más que se empeñe, porque a fin de cuentas nos lo venden como verdad cuando no deja de ser en su mayor parte imaginerías. Y ya he hablado aquí de las dificultades para llegar si te lo montas por tu cuenta o no tienes un padrino en el mundo editorial, pese a que los librereros siguen pidiendo ayuda y ellos no la dan.

Pienso ahora en el joven o no aprendiz de poeta o de novelista con la ilusión de su primer o segundo libro que se enfrenta a la dureza de hacer valer su obra entre tanta competencia y sin medios económicos para la publicidad. Quiero animarlos aunque mi razonamiento es que escribir es más algo vital para quien lo es que una carrera en pos de la fama. Su carrera son silencios y oasis cuando alguien te dice que le ha gustado tu obra. ¿Es eso suficiente?

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre



Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº29 Agosto 2024

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 40 páginas
a todo color. Precio: 6 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

**visite la web del editor
escritordaniel.es**

ESE D'ESO D'AHÍ

ASPANA, TORREADOR, MOCHO
BUENO, AUTOSTOP, PLAVITA CAL,
PATA NEGRA, PAELLA Y
GENTE PUTA MATRE!





Libertad

He escuchado la voz de una mujer diferente a todas las que han venido a verme, pero no, no es Vanessa. Se hace llamar Frida y dice que es mi ex, no sé si es que no la conozco o no la recuerdo, pero pide que nos dejen

solos porque tiene algo importante que decirme. A ver, te escucho Frida;

-Amor, sé que nuestra relación no fue muy buena, aunque tengo que admitir que esos 7 meses junto a ti fueron los mejores de mi vida, todas nuestras aventuras y momentos felices, a pesar de las peleas, nunca los olvidaré. Solo vine a hacerte cumplir con algo que me prometiste. ¿Recuerdas aquella noche que pasamos de la yerba al LSD? La pasábamos tan bien en esos tiempos y quedamos en que a la próxima lo haríamos con algo más fuerte, solo que esa próxima vez nunca llegó. Pero aquí estoy y quiero que cumplamos esa fantasía los dos. Aunque no lo creas, yo todavía te amo y por eso vine a verte. -

Escucho que me besa y deduzco que fue en la frente y siento como algo caliente entra por mis venas donde también deduzco que estoy canalizado con los suplementos. Es una sensación extraña un poco desesperante pero placentera. Se escucha la puerta y Frida rápidamente se levanta y dice:

-Es todo lo que tenía que decirle. -

Y se va. Ahí está mi madre a mi lado mientras yo empiezo a sentir que sonrío, puedo sentir mis brazos y mi espalda, hasta puedo sentir que casi puedo moverlos. Me estoy empezando a sentir súper bien, creo que casi puedo levantarme, estoy empezando a sentir que tengo piernas y eso me pone muy feliz. Mi ritmo cardíaco se acelera y yo estoy esperando el momento para moverme, girarme, mirar a mi madre y decirle que ya estoy bien. No lo puedo creer, estoy seguro de que puedo levantarme y lo intentaré. Aquí voy.

¡Oh no! ¿Qué está pasando? Me he levantado pero mi cuerpo sigue en cama, estoy viéndome a mí mismo ahí postrado. ¡No puede ser! ¿Ya morí? Pero si me siento de maravilla, me siento libre. Mamá mírame, ¡Aquí estoy! Es que esto no

puede estarme pasando, se siente tan bien, pero a la vez estoy desprendido de mi propio cuerpo. Me gusta la sensación de libertad, de poder moverme libremente, pero ¿Y si no vuelvo más? ¿Y si me quedo aquí como alma errante? Debo volver a mi cuerpo ¡Ya! Veo mis ojos que empiezan a moverse de un lado a otro y mi pulso se acelera muy rápido, sube tan rápido que mi madre desesperada llama al doctor. He tenido otro ataque de convulsión, pero esta vez no pueden calmarlo fácilmente, estoy tratando de entrar a mi cuerpo y calmarme yo mismo, pero no puedo hacerlo, siento que esta vez sí moriré. Tras varios intentos de sedantes, logran dejar mi cuerpo dormido, aunque yo esté aquí a su lado, me da miedo si al alejarme demasiado me pierda para siempre. Me gusta sentirme, así como me siento, libre, feliz, relajado, pero tengo miedo, ¡Estoy fuera de mi cuerpo! Estoy muy asustado.

Luego de unas horas seguidas, logró dormir junto a mí mismo y al fin despertar en mi cuerpo, los doctores llegan con unas pruebas que me han hecho para ver a qué se debió tal ataque tan fuerte, los escucho en voz muy baja y decirle a mi madre que tengo heroína en la sangre. Mi madre se ha sorprendido porque ninguno tiene idea de cómo llego ahí, pero claro, eso caliente que sentí recorrer mis venas lo explica todo. Mami, ha sido Frida. Ahora escucho como hablan sobre investigar quién ha sido y que ha llevado la heroína hasta mi sangre, ¿Porque los escucho tan bajo? Según se acerca mi madre, reclama que ya no veo los ojos ni los dedos como antes, que le preocupa que así vaya muriendo poco a poco. También tengo mucho miedo, el miedo no se ha ido de mí ni un momento. Días van y días vienen y siento como mi pecho se comprime y el aire me falta, es una sensación de ya no poder mover más mi pecho ni llenar mis pulmones de aire y eso me tiene aún más asustado. Dentro de mi miedo, depresión, resignación y aceptación, me he dado cuenta de que me duele la cabeza al intentar recordar que ha pasado y porque estoy aquí, recordar mi vida desde hace 3 meses atrás se me es imposible, siento que llevo toda la vida en este estado y el sufrimiento de mi madre es mayor al verme cada día decaer aún más. Quisiera volver a experimentar esa sensación de libertad que sentí hace días, pero no sé qué tan peligroso sería para mí ahora que me siento tan perdido dentro de mí mismo. Mis amigos me mencionan tantos nombres de personas y lugares

que no logro recordar que hayan estado en mi vida, en definitiva, estoy perdiendo la memoria, pero no sé porque razón aún Vanessa no se ha ido de mi cabeza. Es que aún no logro entender porque no ha venido a verme, al escuchar su voz estoy seguro de que me sentiría mejor, pero sin ella aquí solo me siento cada vez más vacío.

Después de muchos días he despertado y de nuevo siento mi cuerpo completo, me siento vivo y me siento bien, voy a levantarme. Otra vez estoy fuera de mi cuerpo ¿Heroína otra vez? No lo sé, pero se siente bien, puedo estirarme, caminar, ojalá pudiera abrazarte mamá. Me veo tan pálido y desnutrido, ya parezco otra persona, me doy pena, pero tengo la ligera esperanza de que algún día me levantaré de nuevo, aunque cada día esa esperanza vaya desapareciendo un poquito. Puedo escuchar a mi madre y mis hermanos hablar más de cerca, ojalá ellos pudieran sentirme a mí, ¿Será que podré dar una vuelta por el hospital? ¿Habrán otros como yo? Lo averiguaré, es justo que salga de estas cuatro paredes un rato, pero ¿Y si por alguna razón otra alma toma mi cuerpo? ¿Y si me alejo demasiado y ya no puedo entrar en él? Bueno, no me alejare mucho. No recuerdo para nada haber entrado a este hospital, pero se siente bien recorrer esos pasillos al menos. No puedo ver mi propio reflejo en ningún cristal ni tampoco puedo verme a mí mismo aquí, solo mi cuerpo allí tirado en esa camilla, por cierto, ¿En qué habitación estaba? ¿Oh no! Pánico, por favor aléjate. Siento que me falta el aire, trataré de encontrar la habitación, camino por los pasillos casi cayendo, no puedo respirar, se nubla mi vista, necesito llegar o en definitiva voy a morir. ¿Era izquierda o derecha? No respiro, necesito llegar, no respiro. Veo un doctor entre mi vista nublada que va corriendo cerca de mí y trato de seguirlo con las pocas fuerzas que me quedan y al final sin aire logro entrar a la habitación, mi cuerpo ha dejado de respirar y mi corazón se ha detenido, mi vista sigue cada vez más nublada y trato de acostarme en mi cuerpo para reanimarme, pero no funciona, no respiro y muero lentamente. Después de mi último esfuerzo para recuperar el aliento, mi vista se puso negra por completo y mis fuerzas se volvieron nulas. Me he ido.

Risell Rodríguez

SOLEDAD

Las calles de Madrid tienen ese qué sé yo. Ninguno de los dos sabe el nombre del otro, pero se miran y enseguida surge la magia entre ambos. Se comunican en un inglés arcaico en un sitio desconocido, con la naturaleza detrás, de fondo. Se sienten solos, completamente solos, pero cada uno con una soledad distinta. Ella, es presa de la soledad que surge de filosofía de la futilidad, mientras que él, del arte de la histeria. Soledades que los hacen olvidar de dónde vienen o a dónde van, quizá incluso borrando las señas de identidad en sus pasaportes.

**Daniel
Alonso**

LOS ERRORES DE WORD

No mentiría si dijera que me conoce como si me hubiera parido. Podría, incluso, decir que me parió y tampoco mentiría, puesto que eso fue, en realidad, lo que ocurrió. Tampoco yo mentiría si lo dijera. Me refiero a que le conozco también como él a mí, dado que desde que fui parido he permanecido siempre a su lado, como un perro fiel.

Fruto de ese conocimiento mutuo sé que ahora, cuando se ha sentado en el escritorio, encendido el ordenador y abierto el archivo correspondiente lo primero que ha pensado es que Word se la ha vuelto a jugar y, bien pensado, es normal que su pensamiento racional le lleve a ello. Al fin y al cabo, lo suyo es escribir, labor que todo el mundo le alaba, pero sus conocimientos de ofimática son realmente escasos.

Por mucho que le duela, no deja de ser un simple usuario que cuando trabaja lo hace a piñón fijo y la única precaución que adopta, y en ocasiones se le olvida, es la de darle a la opción de guardar tras haber modificado o añadido texto en el documento sobre el que está trabajando. Como parte interesada que soy puedo permitirme someterle a crítica y, bajo esa premisa, solo acierto a decir que es una verdadera lástima que su mente creativa no le haya servido para entender realmente lo que está sucediendo. Y ello a pesar de las pistas fiables que, un día y otro, han aparecido ante sus ojos y le podrían haber hecho comprender.

Todo comenzó hace ya algún tiempo, cuando sin encomendarse a nada ni a nadie, decidió escribir la cuarta novela de la trilogía que le había conducido a la cima de la fama. Sinceramente, ni cuando comenzó con la redacción ni ahora que han transcurrido unos pocos meses acierto a entender qué pudo animarle a ello.

Desde el primer momento, el proyecto editorial había consistido en una trilogía. Así se publicitó por la editorial, bajo ese formato lo vendió a esta el agente literario, con esa intención se dispuso el autor a escribir las tres novelas y una trilogía fue lo que los lectores esperaron encontrar en las librerías físicas o virtuales.

Para que no haya lugar a equívocos, conviene aclarar que el punto y final de la tercera novela había conseguido cerrar, magistralmente, la trama. Una trama que planteada, ya, en las primeras páginas de la primera había conseguido mantener la expectación y el interés de los lectores, quienes respondieron con entusiasmo cuando en la tercera entrega asistieron a su resolución.

No podría asegurar qué fue lo que pasó por su cabeza para sentarse a escribir y resucitar una trama, unos personajes y una ambientación que habían cerrado con brillantez el ciclo para el que habían sido creados. Sé que en la decisión no intervino la falta de nuevas ideas o proyectos y quiero creer que, para un escritor que desde hace tiempo nada en la abundancia, el motivo no pudo ser económico.

Llámenme presuntuoso, pero si tuviera que apostar me atrevería a decir que el motivo no fue otro que la estima que profesa al personaje principal, el apego que siente hacia el inspector que creó y dio vida y al que con mano maestra ha ido conduciendo por las diferentes investigaciones, cuya resolución ha hecho las delicias de cientos de miles de lectores.

Lamentablemente, si hemos llegado a esta situación la culpa no es exclusivamente suya. Pero, claro, pensar que su agente y su editora iban a renunciar al porcentaje y las ganancias que reportaría una cuarta novela no deja de ser una entelequia. Y lo mismo cabe pensar de los críticos y editores de revistas literarias que no han cejado ni un instante de animarle a proseguir con la saga, independientemente de que en alguna que otra columna hubieran

publicado, meses atrás, la virtud del autor de haber conseguido narrar en tres novelas aquello para lo que otros habrían necesitado de algunas más.

Café en mano, como cada mañana nada más levantarse, se ha dirigido a su despacho. Fiel a su rutina, ha corregido algunos errores de Word y se ha puesto a escribir, aunque a decir verdad se ha levantado del escritorio antes de lo que tiene por costumbre. No por falta de ideas, que de esas tiene para dar y tomar, sino porque anda un poco escamado con Word y tiene miedo a perder información que luego no pueda recuperar.

Bien pensado, es lógico que actúe con cautela pues a medida que avanza con el texto las rectificaciones que ha de realizar son cada vez mayores. ¡Maldito Word que, no contento con cambiarte la fuente, el interlineado o los márgenes, te omite palabras y frases enteras o las cambia de posición haciendo imposible su lectura y obligándote, en detrimento de la historia, a perder un tiempo precioso rehaciendo lo escrito! Casi seguro que ahora, mientras se prepara una ensalada, si no con estas mismas palabras con otras parecidas, está maldiciendo a Microsoft.

Porque me parió y le conozco como si hubiera sido yo quien le hubiera parido a él sé que no cejará hasta ver la historia acabada y publicada, pero lo que él no sabe, aunque fuera el autor de mis días, es que yo seguiré poniendo tantos palos en la rueda, como sea necesario, para que ese día no llegue.

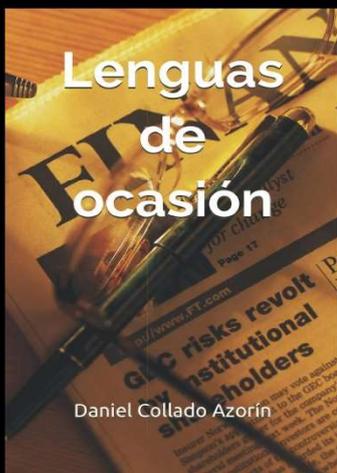
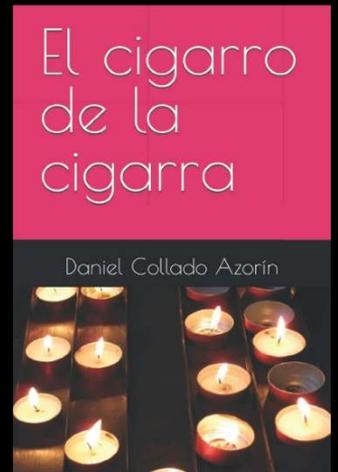
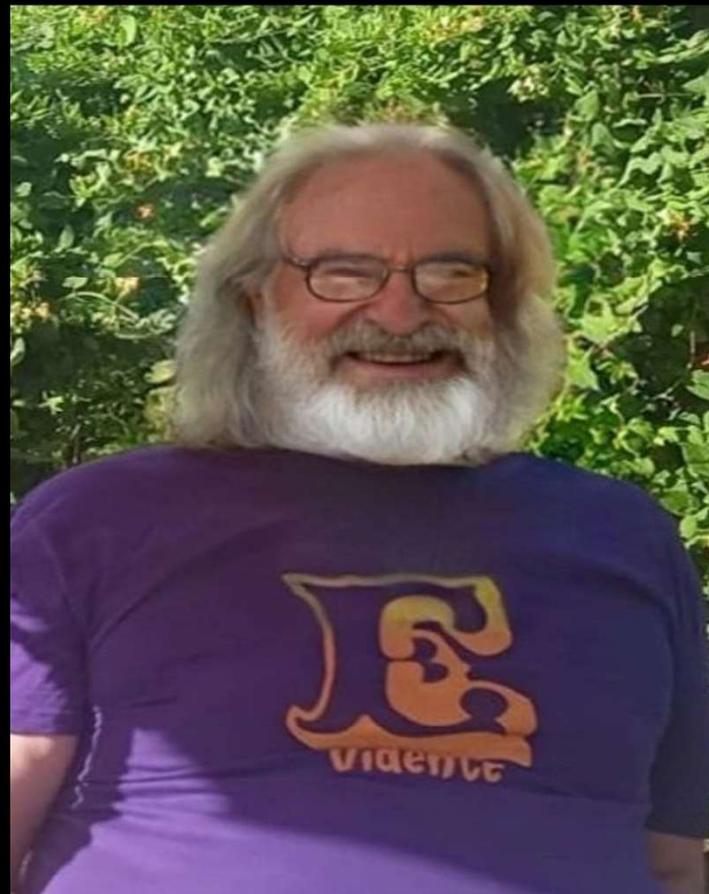
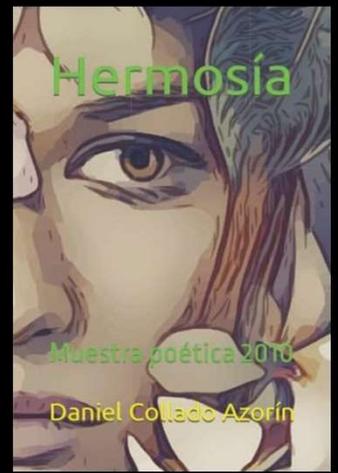
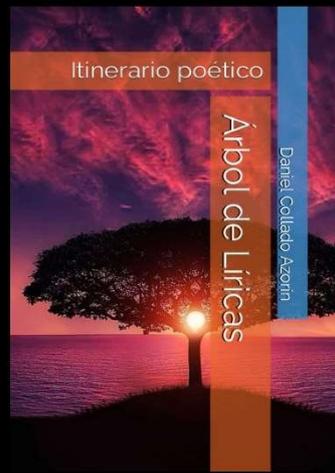
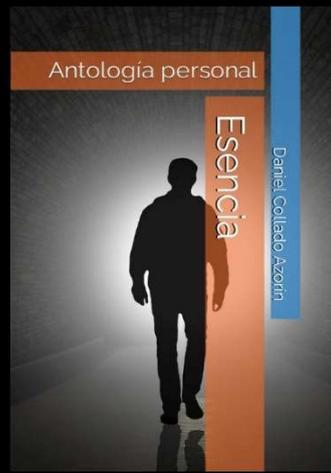
Hasta ahora me he limitado a realizar pequeñas diabluras, como las ya descritas, pero estoy dispuesto a llegar hasta el final y, tras borrar todo el texto, enviar el archivo a la papelera de reciclaje y después vaciar esta.

Puede parecer cruel por mi parte y, de hecho, la pregunta obligada sería decir ¿qué ganaría yo haciendo eso? La respuesta es tan simple como la pregunta. No ganaría absolutamente nada, pero si la pregunta se formulara de esta otra manera, ¿qué perdería yo si la

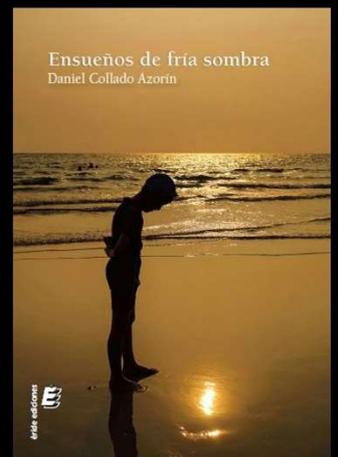
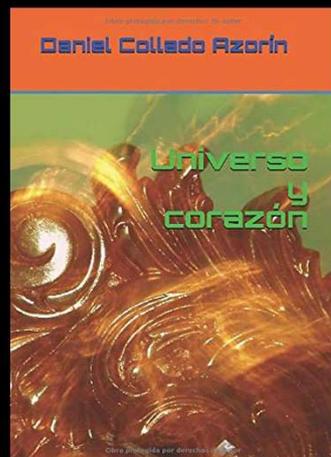
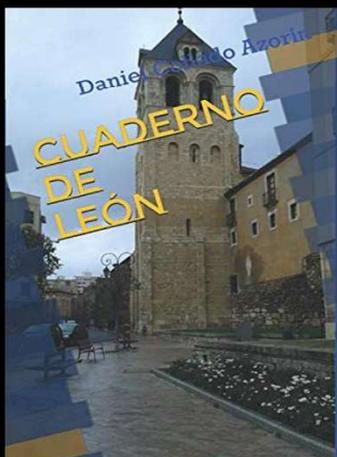
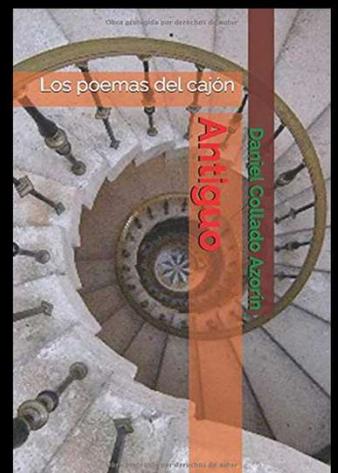
novela terminara publicándose? La respuesta cambiaría radicalmente. Lo perdería todo. Todo lo ganado en las tres novelas de la trilogía: mi bonhomía, mi espíritu conciliador, la dignidad que conducía mis actos, la camaradería que guiaba mis relaciones y el amor que prodigaba a mis seres queridos, familia y amigos.

He revisado concienzudamente, una y otra vez, las páginas que el autor lleva escritas y un personaje de su creación, en este caso el inspector protagonista de la saga, no podía permitir que todo su encanto e incluso su glamour se fuera al garete por un capricho difícil de entender. Por eso, aprovechando la oscuridad, con nocturnidad y alevosía, llevo varios meses escapándome de las páginas del texto y como un pequeño y travieso duende intentando, a mi manera, que mi creador, el hombre que me parió, abra los ojos, recupere el sentido y, en definitiva, caiga en la cuenta de que la saga, su exitosa trilogía ya finalizó y que, lo que ahora propone, es un despropósito por mucho que nadie, al albur del dinero fácil, se atreva siquiera a planteárselo.

Eloy
Calvo
Pérez



escritordaniel.es



PAÍS DE FIERAS (III) Óperas y furreteos

I. Turandot
Una postura hierática marca a la princesa china Turandot cuando manda morir a un pretendiente. Impasibilidad de zorra blanca salvaje que observa el asesinato, se mancha las manos de sangre transparente y se relame los restos del sufrimiento. Rojos son el vestido y la escenografía, rojos son los enigmas y sus respuestas, rojos son sus víctimas cuando caen al suelo sin cabeza. No hay hija del cielo más cruel. Y su belleza radica ahí: en su maldad tiernamente violenta, en la venganza femenina, deudora y sacra. Un sin nombre implora amor igual de imperturbable que ella: verá morir a una amiga, sufrirá su padre. Más nada moverá sus entrañas. Porque el amor es salvajemente lacerante, nada importa excepto la victoria de los amantes, aquello innombrable que esculpe los sepelios de las víctimas mientras los esposos sádicos brindan las nupcias de un futuro imperial escrito en martirio. Porque la sangre escribe la historia y roja es la muerte y roja es la tinta que canta.

Almudena Anés

II. Nessun dorma
Lei, la donna dagli occhi a mandorla e dalle unghie di pietra, brucerebbe l'intera città se potesse, raderebbe al suolo il fuoco di Nerone. Ma questo impero non è mediterraneo. Lei, innominabile per la sua bellezza casta, saccheggia le case, uccide innocenti, tortura cercando una parola. Il linguaggio è incomprensibile, individibile, incomprensibile. Forse si siede da sola sul suo trono di spine, forse odia ferocemente chiunque osi guardarla. È una bestia che distruggerà la città in una notte senza sonno. Insomma, canta urla, implora per amore. Come può sentire amore quella che è un'assassina? Chi è lei? L'altro non è migliore: accompagnerebbe la donna durante l'incendio di tutto ciò che le è caro per tenergli la mano. Ne vale la pena? L'amore giustifica tutto? L'amore è al di sopra della vita?

III. La bella donna di Napoli canta dal balcone e chiama i marinai del porto. Li saluta, ma non li invita ad entrare. Dentro, sul letto a baldacchino, riposa il mio corpo dopo l'atto amoroso. Una donna che ama un'altra donna, che sogna di lei e la

immagina in mille modi. Mi parla in italiano il linguaggio dell'amore, l'immaginato. Io posso solo desiderare che questa fantasia duri per sempre, perché vivo più all'interno delle mie illusioni che nel mondo terreno dei colori terra gialla e cielo blu lapislazzuli. Vivo più nei miei pensieri, in questa terrazza che cambia, in questo territorio con ampie viste sul mare, in questo essere femminile che mi abbraccia e mi dice di *chiudere gli occhi, non pensare più.* Ora sei qui dentro.

IV. Las víctimas negras claman a los dioses de la mitología nórdica mientras aquí revisamos la ley de la vivienda. Nos debatimos entre la cabaña y los trigales, entre la Revolución Industrial y la ciudad de vidrio de grandes rascacielos y de ángulos picados.

Sus rostros desconocidos no piden fama ni dinero, solo un hueco en el Valhalla allá cuando mueran, un hito de trascendencia, algo que merezca la pena mientras esta vida de cuento infantil transcurre y las obras laborales de los hombres luchan contra las obras de los dioses por escribir el destino.

Las obras suelen terminar en tragedia pues no hay manera de conjuntar quehacer humano con designio divino. *Todos mueren, todos lloran.* Las necrológicas del periódico narran la evolución de la guerra europea, el número de víctimas que se tiñen con carbón y la indefinición fotográfica de los telediarios.

Violencia por violencia. Ellas siguen gritando en un silencio de hielo, rezan juntando las manos. Y, entre ambas,

hay un pedazo de filosofía, una vaga ilusión de gratitud.

V. Españoles, ya tenéis patria, podéis volver a descansar sobre los caminos recorridos por los Reyes Magos de Oriente y pensar que son europeos y no asiáticos, podéis volver a rezar al dios católico de la riqueza y del poder, al dios de la institución. Podéis, podemos, danzar salvajes en los bosques del norte y sacudirnos las ganas en las arenas del sur. Esta tierra mítica late con la tradición celtíbera y el dominio romano, con la sabiduría griega y el valor cartaginés, late con la lengua francesa y los horrores de la guerra, late con la pintura negra y la sangre republicana, late con la dictadura más azul y la democracia menos entusiasta, late con las generaciones que ya no serán nunca más jóvenes.

Ya tenemos patria, un lugar de recogimiento y una bandera que ondear ante el viento de las desgracias, tenemos una patria de literatura que nadie lee, una pérdida de mente condenatoria que no salvará a Don Quijote de sí mismo ni a Sancho Panza de su realidad. Tenemos maestría y plazas de toros, más sangre derramada y más gritos animales al aire. Aquí sabemos gritarnos, el lenguaje lo hemos olvidado.

Españoles, tenemos un pedazo de tierra en un enorme planeta que se deshace, una regulación por fronteras e impuestos, una gran montaña de polvo donde el futuro quiere emigrar muy lejos, a otras montañas de polvo más firmes.

No hay nada, ni sentimiento tan fuerte, que el tiempo no se lleve.

VI.

Bailar a oscuras, pegadas, en silencio, como dos sombras que arrastran tacones y un ataúd por el cementerio civil. Dos sombras que se besan en un cuerpo abierto, que traslucen los sentidos del dolor, que se abrazan y danzan por un teatro en silencio, expectante.

Los cisnes se enamoran y valsan sobre las aguas de un tono azul acuarela, que se diluyen en un mapa líquido donde todas las líneas escapan indecentemente. Amar, amar tanto, amar de forma efímera, pero con el corazón hinchado de noches y constelaciones. Amar como las grandes obras de ballet y amar muriendo y amar deseando morir por amor.

Bailar contigo, bailar hasta que el cisne negro venza al cisne blanco, bailar hasta que la melancolía de la edad nos alcance.

VII.

Bodas de sangre

Hoy quiero reír, aunque las nubes lagrimean sobre estos campos donde la sangre se encharca y una novia cabalga a lomos de una yegua negra. Las imágenes grises de una antigua película teatral nos muestran la tragedia, un amor no correspondido, un puñal que atraviesa las arterias y se derrama indolente.

Ninguno de ellos te merece. Ellos bailan silenciosamente y tú zapateas a la muerte, intentas alejar a la mala suerte, pero la luna ya ha movido los hilos y hoy toca luto. Llorarás. Todavía recuerdas el murmullo del aire cuando ellos movían sus cuerpos.

Quisieras abrazar, unirte a su flamenco, calzar barroco, vencer a la parca. Quisieras retroceder el tiempo, atravesar las olas,

festejar con vino y no con sangre. Brindar, quisieras brindar.

En cambio, cabizbaja, la yegua de oscuro pelaje te lleva hasta el sepulturero a elegir tumba del favorito.

VIII.

Los uranistas

Los hombres azules, alquimistas, magos y duendes, buscan una mejor economía recorriendo planetas por la galaxia. Desean una sociedad tolerante, derecho al agua democratizada y viviendas sociales, un Estado que no sea este que es mi país, otro lugar más limpio, donde ellos se puedan llamar a sí mismos hermanos y amigos. Desconozco esa parcela de cielo estrellado que los uranistas buscan.

Pobres hombres enamorados, pienso, en sus miradas y silencios hallan la pasión de la fragua de la guerra y de los manantiales de flores de loto. Por un lado, aman con los puños; por otro, se deshacen en sensibles gemidos. Han vivido siempre al día, se han criado entre el odio de las estepas rusas y el amor de los grandes ballets, ansían la libertad del Mediterráneo en un lugar que no sea un cementerio. Ellos cantan, bailan y se rompen los unos a los otros.

Operan desde la ley del deseo.

IX.

Chégasme ata o óso.

Como un amor do norte, espéroche na costa a que regreses. Rachas as fisuras do meu corpo altar, rompes a miña pel para cavar dentro de min. Son Dido, son Penélope, son unha bruxa, son unha muller. Esixes o meu ser e logo condénasme ao esquecemento.

Escribirás unha necrolóxica unha vez déixeches? Erixirás unha estatua cunha dedicatoria de nobre recordo? Que necesitas de min para importarche?

Chégasme ata o óso, divides o meu esqueleto, canto en todos os idiomas deste porto que é o meu país, canto para que volvas.

O galego hoxe é un longo queixume, unha ópera trágica, unha crise económica e agraria que non termina nunca.

X.

Los enfermos son aquellos llamados los enfermos, los débiles, los que no deberían haber nacido. Y en este saco de maldad religiosa, encuentro a mis hermanos de piel, a los triángulos de colores que una vez sentenciaron a ser cenizas. La Historia ha recordado los nombres, ha socavado el fuego de los cuerpos que latían por una causa de la fragilidad.

Toma mi dolor, haz con ello algo fuerte, algo que dure, algo firme, más allá de estas manos que tiemblan. Mis uñas se quiebran de tanto arañar este techo de cristal que nos separa de las escaleras que llevan al cielo. A veces olvido que allí tampoco nos quieren.

¿Y qué es el cielo si no es este momento junto a ti? Una fracción de segundo de pura vulnerabilidad.

Los enfermos, los informes, los que se disuelven en una ciénaga de tinta y daño.

Los que, con el paso de los años, salen rebautizados de estas aguas malditas, los que salen limpios, seguros, ajenos, insensibles.

I.

Tangos de España

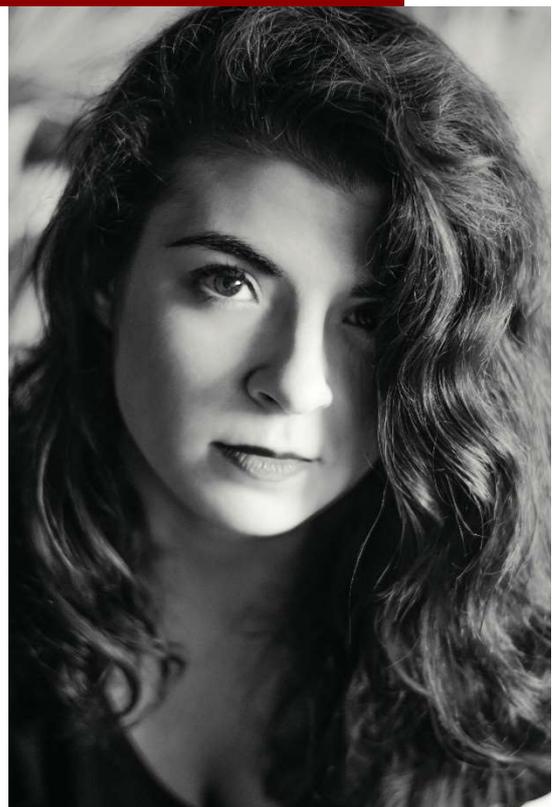
¿Dónde estamos? En España, una tierra donde todo se siente, el triángulo equilátero de la Iglesia, del Estado y de la Economía.

¿Sientes el peso de la pirámide imperial?

Estamos en España, lugar de Alá y de olé.

Cae la lluvia agresivamente para rellenar los pantanos del dictador. Bailan las banderas de cara al sol y algunos llevan camisas negras y azules con orgullo nacional. La precariedad inunda mi mundo, ¿qué quedará de mí para los buitres? ¿Trascendencia, obra, premios, sangre? Deseo morir en el ruedo, activamente, gritando por un país mejor que estas ruinas sobre las que nos cobijamos, implorando migajas. El rojo es azul y viceversa. Yo ansío un cielo transparente, abierto como un pecho que ama.

Cae la lluvia despiadadamente para reavivar las ejecuciones/acciones/obras/óperas/ fracasos del franquismo. Quizás es una manera de hidratar la muerte.



El Rincón de Cristiane



AMOR DE SAPOS

Érase que se era un sapo. Elegante. Distinguido. Se llamaba Romualdo. Todos los días recorría la laguna. Para ver a una sapita. Graciosa. Angelical. Se llamaba Luna. Romualdo se acercaba. Discreto. La hembra se alejaba. Le expresaba que no debían estar juntos. El sapito le confesó que la amaba. Un día radiante. De lejos. Sobre una gran roca. Ella huyó rauda. Él repetía la visita. Todos los días. Ella ya no se marchaba. Pero parecía ignorarlo. Romualdo se trepó a una gran hoja. Desde allí se atrevió a pedirle un beso. Una mañana luminosa. Luna, sobre una enorme flor. Enrojeció. No manifestó nada. Él reiteró el reclamo. Otro día. Con más énfasis. Siempre, distante. Ella dudó. Era muy guapo. Cortés. Perseverante. Solo lo contempló.

Él escaló a una hoja gigante. Una tarde lluviosa. Le confesó que era un príncipe encantado. Y que un beso le devolvería la apariencia normal. Ella, sobre un tronco diminuto. Empalideció. Se sintió estafada. Si lo besaba, lo perdería. Y se escurrió entre las hierbas. Como lo había hecho tantas veces. Una mañana clara, Romualdo le rogó que lo escuchara. Que necesitaba su beso. Luna también lo ansiaba. Y decidió correr el riesgo. Pero se acordó de que no podía acercarse a nadie. A menos de un metro y medio. Se debatía en arrojarle un beso al aire. Todavía vacilaba. Resolvió meditarlo mejor. Sin siquiera una tímida respuesta. Confió su problema a su hermanita Lila. Ambas eran casi idénticas. La pequeña le propuso un plan. Ella no temía al contagio. Y siempre transgredía las reglas. Romualdo apareció sobre un peñasco. Al otro día. Con cara de ganador. Apareció Lila. Y le propinó un beso. Fugaz. En una patita trasera. Se ocultó detrás de un arbusto. Ágil. Vertiginosa. En un tris emergió la otra. Él no se dio cuenta del cambio. Y Luna se extrañó. ¡Él seguía siendo un sapo! A pesar del beso. Encubrió la satisfacción. Le preguntó por qué no se había transformado en príncipe. Romualdo alegó que el beso había sido muy frío. Luna no se asomó por varios días. Tenía pavor de la pandemia. Su hermana le insistía para ir al agua. Y la persuadió. Imitaron la acción anterior. En esta ocasión, el beso fue en la cabeza. Él tampoco se percató de la trampa. Luna de nuevo averiguó por qué permanecía siendo un animal. Romualdo argumentó que el beso había sido muy breve. Y que debía ser en la boca. Para desbaratar el hechizo. Lila consintió en entregar ese beso. Luna reflexionó un largo rato. Y accedió. Añadió un requisito. Que se resguardara con un tapabocas. Y le comunicó a Romualdo que debía hacer lo mismo. Más tarde se encontraron. Recurrieron a la misma artimaña. Y las bocas se unieron. A través del género. ¡Y el sapo siguió siendo sapo! Ella volvió a indagar el porqué. Él le echó la culpa a la tela. Luna tomó la determinación de aislarse. Quizá por su descuido Lila se contagiaría. No podía permitirlo. Pasó el tiempo. Incontable. Luna consideró que tal vez la enfermedad se había extinguido. Y retornó a la charca. El rincón de sus juegos. El entorno donde se enamoró. Y vislumbró una pareja de sapitos. Que saboreaban el sol agradable. La brisa tenue. La fragancia de las flores. El amor compartido. Eran Romualdo y Lila. Habían desafiado todo. El virus. Las normas. Los temores. Luna se cobijó entre el pasto. Entrevió que se marchaban. Sin prisa. Alborozados. Ylloró. Por el engaño del príncipe. Por la deslealtad de su hermana. Porque estaba sola. Desamparada. Y sentía mucha avidez por amar.

Susana Arroyo

PIEL DE OSO

El alba gris balbuceaba una mañana diáfana cuando descendió a aquel recodo del río para beber. Estaba cargando su cantimplora cuando, de repente, se topó con aquella gran cabeza de oso que salió de entre los arbustos. Frente a frente, ambos parecieron sorprenderse y, asustados, retrocedieron a la carrera. Fue el oso el primero en reaccionar, girándose, pareció preguntarse qué demonios de bicho viviente era aquel humano... Había pocos por allí. Olfateó el aire y, ahora, buscó un paso accesible por el río hasta la otra orilla.

El Montañés no miró atrás, sabía de la importancia de aquel encuentro y corrió, corrió sin parar hasta el lugar donde había pasado la noche. Sin perder tiempo preparó su montura y huyó al galope, abandonando allí los demás enseres... Más tarde volvería a por ellos, ahora era necesario poner manos a la obra.

El oso le había descubierto, así que no podía permitirse costumbres cómodas ni peligrosas. Escogió a conciencia el sitio para abrir la enorme zanja. Aquel claro en el bosque simulaba un sendero de paso ineludible al interior,

custodiado a ambos lados por apretadas hileras de abetos reunía las condiciones idóneas para preparar la trampa. Primero, cavó el largo de la zanja y profundizó apenas unas paletadas. Continuaría en sucesivas jornadas, pues hay fieras en esa espesura que son capaces de olfatear la frescura de la tierra revuelta.

Había de extremar las precauciones, así que durante las largas semanas que le llevaron los preparativos, nunca pernoctó dos veces seguidas en el mismo lugar. En las tardes suaves subía a los riscos y cuando soplab el viento del norte se resguardaba en la gruta.

La zanja adquirió el hondo de más dos hombres y un largo aún mucho mayor. Luego, enterró las estacas puntiagudas y, por último, cubrió el hoyo con un entramado de ramas y hojas para camuflarlo con el camino. No había vuelto a toparse con el animal, pero podía presentirlo, sabía que le andaba a la zaga.

Aquel día dejó a la yegua alejada, libre de riendas y montura, en la orilla del lago y, decidido, se apostó en lo alto del gran abeto. Desde allí, las copas de los demás árboles le impedían vislumbrar todo el panorama, pero podía sentir la respiración de un abejorro... Y así fue, solo que aquella bestia era capaz de tragarse a todo un enjambre.

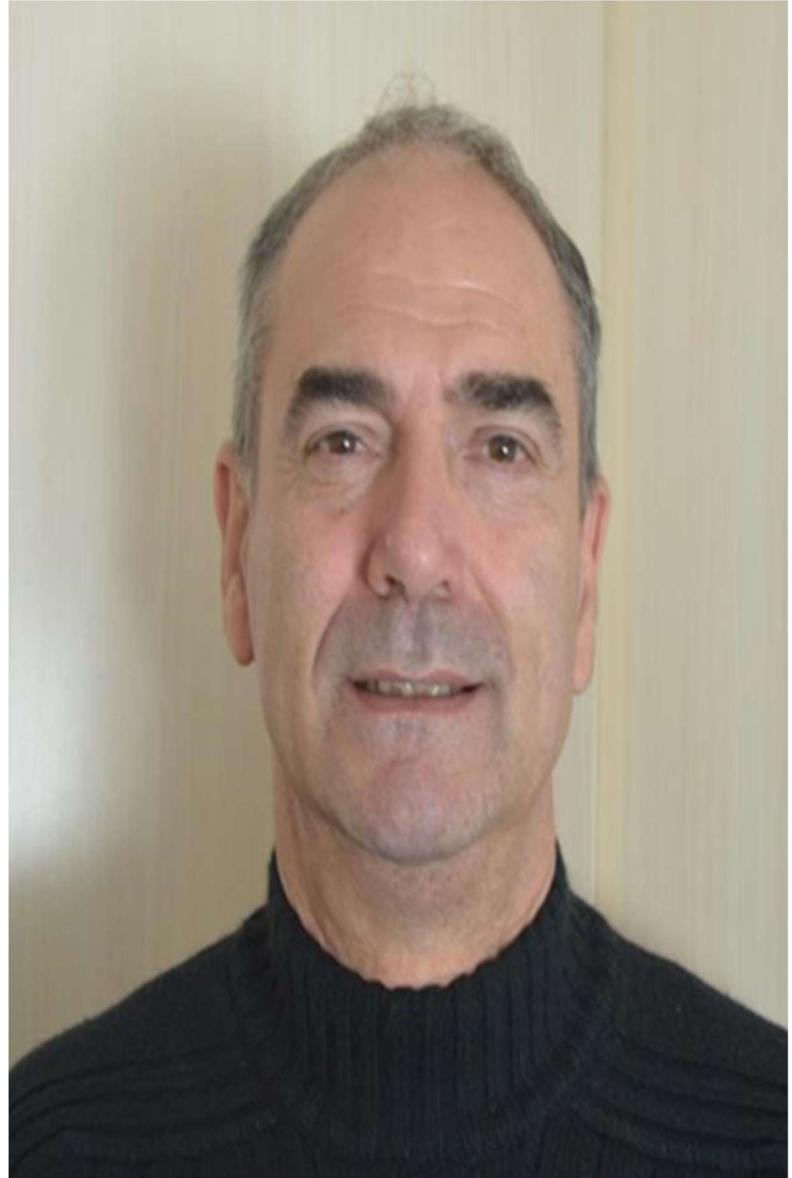
El Montañés descendió sigiloso para colocarse en el preciso lugar que le interesaba, al extremo opuesto de la zanja, hacia el interior del bosque. Cuando el oso apareciera por el único

pasaje con la anchura suficiente para llevarlo hasta él, llamaría su atención para atraerlo. Luego, la trampa se encargaría del resto.

Es necesario estar hecho de otra madera para sostener el desafío de la silueta parda de un oso a escasos cientos de metros. El oso lo había oído y lo había visto y, acelerando la marcha, ya enfilaba por el sendero abierto entre los árboles. El Montañés contuvo la respiración, mientras retrocedía dos pasos, como si esperase el embiste. El oso corría desenfrenado, acercándose, cuando en extraña maniobra pareció aminorar el paso casi al borde de la trampa para, de improviso, cobrar impulso de un salto inesperado. El trampero esta vez cayó hacia atrás, después de retroceder apresurado varios metros y pudo sentir la caricia al aire de la zarpa del oso delante de sus narices. Ni que lo hubiera adivinado, el maldito animal había saltado justo al comienzo mismo del fatal socavón y, en esta ocasión sí que creyó que existía un dios, porque a pesar del salto no bastó para salvar la extensión de la zanja y la fiera terminó por caer de espaldas y quedar atravesado por las puntas de las afiladas estacas.

El Montañés lo había visto cerca. Cuando recobró el resuello, saltó dentro de la trampa y remató la pieza. El cargamento de pieles que llevaba le serviría de inapreciable botín para el intercambio con las tribus del norte. Aún no habían llegado los salmones, pero se presentían y, en breve, los osos

comenzarían a frecuentar las orillas. El trampero inició el descenso de la pendiente suave, dejando atrás la colina, con la vista puesta en el horizonte montañoso de cumbres nevadas.



Luis Tamargo

Alonso

Santander

El asesino de posibles

El criminal es consecuencia de una serie de eventos concatenados, raras veces está en su naturaleza el delito. La oportunidad es fundamental. La filosofía nunca maneja esta variable. Es imposible de dominarla. No por ello deja de existir, aunque la secuencia sea infinita y por ende su búsqueda, vana. Stuart Crane era un científico con las mejores intenciones, aparte resultó ser una mente brillante. Inventó la máquina del tiempo porque podía. El sino de los investigadores es atravesar los desafíos imposibles. La demencia de esos viajes varias veces refutada en la teoría, gracias a sus conocimientos y un ingenio sin límites, se convirtió en una realidad palpable.

El mundo no lo supo nunca, antes de dar a conocer esa bestia capaz de destrozar la geometría euclidiana, decidió probarla en carne propia. Fue su propio cobayo y no precisó de asistentes, tal era del arcano del proyecto que desarrollo por décadas. Si funcionaba bien, el tiempo sería lo de menos, lo tendría en sus manos como una masa viscosa y fácilmente maleable. No se dedicó a salvar al mundo, ni matar a Hitler, tópicos obvios de quienes se supone, detentarían semejante portento. Su curiosidad estaba puesta en él mismo, deseaba conocerse tal como sería en veinte años, tal vez viejo como nuez seca. Quienes intuyen cierta suerte de egoísmo pueden estar en lo cierto, también resultaba prudente poner en juego una única línea vital, sin comprometer a la humanidad en una sucesión de fallas e imprevistos no deseados.

Se calculó de ochenta y cinco y allá fue. Las coordenadas de lo imprevisible no son sencillas, pero el hombre es un animal de costumbres. Si la diacronía era imposible de prever, la sincronía geográfica parecía resultar mucho más maleable. Puso proa a su ciudad natal de Buenaventura, cuatro décadas más tarde. No había nada de barco en esa cápsula ovoide, pero Crane siempre había gustado de literatura de piratas y corsarios. El viaje lo mareó como una densa marejada de vibraciones moleculares y desdoblamiento cuánticos. Al salir de la nave vomitó. Era lógico, la comida se hallaba vencida y por mucho. El almuerzo de recién fue la digestión más lenta del mundo. No tardó mucho en encontrarse. Siempre fue hombre de hábitos rutinarios. Se vio a sí mismo avejentado pero entero, con los achaques típicos de un sujeto de su edad. Lo contempló a distancia consciente de los peligros del encuentro. Su yo anciano alzó la vista y sólo atinó a saludarlo. Fue un acto casi reflejo. Crane viejo, bajó la cabeza, apesadumbrado. Su versión joven y pujante, comprendió que acercarse en ese momento no cambiaría demasiado las cosas. Lo hizo a distancia prudente pero no se animó a tocarlo. Había cometido un error fatal. Irremediable. Aquel ser que parecía ser su abuelo, hizo los saludos formales y acto seguido le informó que estaba condenado. No el Stuart de mediana edad, cuya línea temporal de aquel momento, aún no estaba trazada. Su avatar no recordaba aquel viaje ni ese encuentro. La sucesión histórica se había alterado.

- Yo no existiré. Todos los años vividos se perderán en la nada sin dejar el menor rastro.
- La muerte, que no está lejos, suele surtir igual efecto- intentó consolar el viajero.
- Pero mis huellas se esfumarán. La Parca al menos, hacen que se borren de a poco.

Tenía toda la razón, al volver a su presente sería imposible encontrarse de nuevo con aquel hombre. Nunca habría existido. La paradoja no dejaba demasiado tiempo, ambos lo sabían y entablaron charla amable. Supo cosas de un futuro que nunca sucedería, aunque los movimientos del telar cósmico a veces son tan sutiles, que quizás con algo de suerte, algunos eventos se repitieran. Era una lástima en verdad, porque aquel viejo había llevado una buena vida. Él, en su torpeza, había arrojado un devenir venturoso por la letrina. Cuando el yo futuro se desvaneció como cenizas, sintió que una parte de él se diluía aunque ningún átomo alteró su secuencia. Volvió al presente desahuciado.

Le tomo tiempo realizar el segundo viaje. Un par de años más tarde volvió a las andadas. No se encontró. Había muerto en un accidente de tránsito apenas pasados los sesenta. Averiguó los detalles del siniestro, la marca del auto involucrado, incluso su número de serie. El vehículo ni siquiera llegó a salir de los talleres, ardió en un incendio intencional, según narraron los medios. El perpetrador jamás fue encontrado a pesar de dejar huellas, se había refugiado en otro cuadrante espacio temporal. Inhallable.

Su tercera incursión lo encontró con un sujeto desagradable y malhumorado. No le costó nada deshacerse de esa versión repugnante de sí mismo. El cuarto era pasable, pero se dijo que todo mañana sería perfectible y a pesar de sentenciarlo, tan solo con su presencia, procedió a ejecutarlo con saña y placer perverso. Nadie podía acusarlo de matar a alguien que no existió.

También se encontró a sí mismo como primer magistrado de su queridísimo país. Se vio tentado a dejar ese futuro como estaba, pero masacrar yoes ya se había convertido en vicio. En esta ocasión fue magnicidio. Se salvó por los pelos del colosal sistema de seguridad montado por su alter ego, que sin dudas conocía los crueles destinos de sus viajes pretéritos.

Así fue como Stuart Crane abandonó su presente, asesinándose una y mil veces en planos que no eran siquiera realidades paralelas, sino futuros plausibles. Se volvió un experto en matarse a sí mismo. Una suerte de suicidio extracorpóreo, no penado por una ley que aún no contemplaba esos eventos, que resultaban sobrenaturales e incomprensibles.

El presente se convirtió en un fantasma del pasado, casi sin asidero, de un sujeto que al alejarse de su trama, se condenó poco a poco a liquidar sus posibles, que eran cada vez más tenues, como las lluvias del tiempo que borran sin piedad las huellas, como la mismísima muerte cuya sola presencia, suele anunciarnos sin muchas delicadezas el final de los caminos.

Martin Troncoso

MODERACIÓN INTELIGENTE

¡Grita!
pero no uses palabras esdrújulas.
El miedo es demasiado inconstante
o al menos encierra su imaginario
en algún lienzo como aquel Edward
o los últimos fotógrafos
del World Press Photo.
Pasa una cigüeña. El cielo aún está
rojo. No va a detenerse. Algo va
diciendo
de que los hombres son malos aquí
y en París y que está feo
gritar. Y acaba

de pasar, esclava de su propia
primavera.
¿Y qué decir de aquellos que un
viernes
como este sólo esperan a que se les
pare
el corazón? No gritan camino
del último veneno porque Dios,
si existe, los absolverá, incluso a mí.
¡Hay tantas formas de incinerarse!

HÉLDER JULIO FERREIRA MONTERO

Greda y maíz

Jorge Muñoz Gallardo - Chile

Santiago García era Ingeniero comercial, con un buen puesto en una importante empresa minera internacional. Siendo un hombre realista y ambicioso solo pensaba en seguir subiendo en la escala social y la acumulación de un patrimonio que según sus meticulosos cálculos aritméticos y contables le permitiría retirarse a los cincuenta años a una vida de comodidades y gozo personal. Sin embargo, había algo que lo molestaba, y no eran deudas, una enfermedad o una situación sentimental complicada; simplemente se trataba de un sueño que se le había repetido tres veces en la última semana, con singular nitidez. En el sueño aparecían cuatro viejas mapuches sentadas en la tierra, envueltas en chamantos de lana, masticando granos de maíz que luego escupían en el interior de una vasija de greda que un niño de unos diez años revolvía con un palo de alerce, formando una pasta lechosa que aumentaba lentamente.

Hablando con un amigo, con el cual compartía la afición por las pinturas y las estatuillas de cerámica, mientras almorzaban en un restaurante céntrico, le contó lo que le estaba pasando con el desagradable sueño, éste le recomendó visitar a un experto en interpretación de sueños que él conocía.

-¿Y es de confiar ese sujeto? -preguntó Santiago, con tono irónico.

-Claro que sí, es un psicólogo jungiano. Yo mismo lo he consultado y es un tipo admirable.

Santiago miró a su amigo con cierta reserva, pero no dijo nada. Terminado el almuerzo se despidieron y cada cual tomó su camino. Pasado un tiempo, como el sueño continuaba perturbándolo, Santiago García decidió visitar al psicólogo que le había recomendado su amigo. Lo hizo con una actitud escéptica, un hombre como él no era para dejarse embaucar por un charlatán, por muy psicólogo que fuera. En todo caso, no perdía gran cosa al consultarlo. Su desconfianza aumentó al ver al psicólogo, un sujeto bajo, gordo, calvo, de lentes gruesos y anticuados que le daban un aspecto de lechuza. Hechas las presentaciones y una conversación preliminar, el psicólogo le pidió que le relatara el sueño. Enseguida le formuló numerosas preguntas, unas relacionadas con el sueño y otras vinculadas con su historia familiar. Por último, después de meditar un momento, le dijo:

-Ese sueño tiene una relación directa con sus antepasados, que se entroncan con una etnia. Hay ahí una situación pendiente, el sueño es un llamado a resolver esa circunstancia. La extrema reiteración con que aparece revela urgencia.

-¿Me está diciendo que soy descendiente de mapuche? -dijo Santiago con voz airada.

-Es muy posible, tal vez por parte de madre, -repuso el psicólogo, con tono amable. -Estoy seguro que con unas cuantas sesiones podremos desenredar el nudo.

-¡No habrá más sesiones! -dijo Santiago poniéndose en pie con brusquedad, y salió de la consulta dando un portazo.

Llegó a su casa maldiciendo la iniciativa de haber consultado a ese hombrecillo rechoncho que sin duda era un charlatán. Ya en el living tiró la chaqueta en un sillón y se acomodó en otro cerrando los ojos para reflexionar. Estuvo así alrededor de un cuarto de hora. Cuando abrió los ojos se halló sentado en la tierra, junto a cuatro viejas envueltas en chamantos de lana, las viejas masticaban granos de maíz que después escupían en un recipiente de greda que él, un niño de unos diez años, revolvía con un palo de alerce.

“Ilusión”

Una pequeña frustración
 Un tema intocable
 Un sueño roto
 Y todo, todo a mí alrededor
 Con el ritmo más lento
 Sólo escucho mi corazón agitado
 Un palpar exuberante
 Muecas paralizadas
 Sentimientos trillados.
 Y ese ínfimo detalle
 Que adormece mis extremidades
 Una depresión patética
 Y el ruego de poder creer
 Que aún
 Soy una artista.

Noelia I. Avellaneda



Christopher Amador
 Cervantes | México

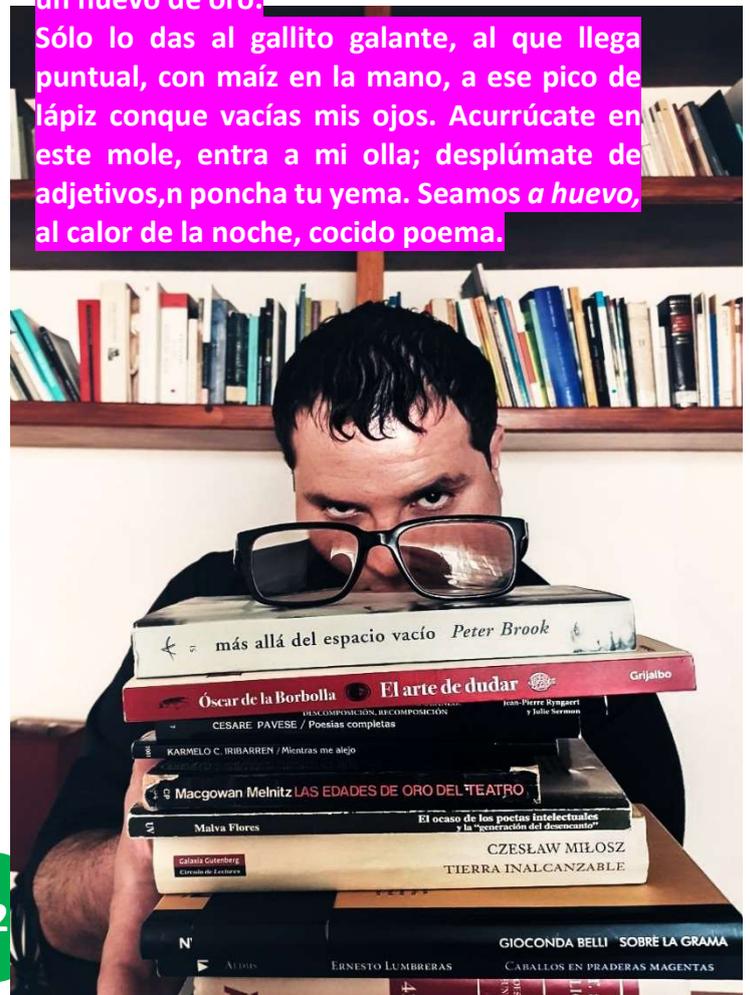
Tweet

Me piden, como a gallina huevo, un gran verso blanco. Poesía. Alguien cree que con una Bic te ponché la yema.

Si supieran que no te he visto siquiera clara. Que no te he visto, que no te visto (acaso desnudo tu dura cáscara). Si ellos supieran que mi hoja en blanco es omelet de perfectas claras: mi cresta o mi plumaje una gallina paginada. Si ellos supieran ser la gallina, cacaraquear una nota nueva. Mi oficio es verte volar bajito, comer gusanos mientras recojo plumas caídas.

Sólo yo sé que te piso, te despiojo en el corral de un diccionario de bolsillo. Para mí nunca un huevo de oro.

Sólo lo das al gallito galante, al que llega puntual, con maíz en la mano, a ese pico de lápiz conque vacías mis ojos. Acurrúcate en este mole, entra a mi olla; desplúmame de adjetivos, n poncha tu yema. Seamos a huevo, al calor de la noche, cocido poema.



MARTE Y YO

Personajes.

Pablo Palomino (Humano)

Zuly (Marciana).

Zapo (Marciano).

Zepo (Marciano).

Caja Robot.

(Toda la acción se desarrolla en Marte, un futuro distópico cercano del cual ya casi nos enteramos.)

Pablo Palomino acompañado de un robot en forma de caja, camina por unos pasillos infinitos blancos, alumbrados por luces blancas, cada tanto hay una luz roja que se enciende y lo conduce a otro pasillo. Al final de uno de ellos está la marciana Zuly sonriente.)

ZULY: Veo que ya le están dando el tour por nuestras instalaciones marcianas.

PABLO: Necesito un baño.

ZULY: Zuly, mucho gusto.

PABLO: Tengo ganas de entrar al baño.

ZULY: Mucho gusto, Zuly.

PABLO: Sí, hola. Estoy que me orino.

ZULY: Debe ser Pablo Palomino, un tipo muy particular.

PABLO: Efectivamente y si no me dice dónde está el baño me voy a orinar acá.

ZULY: ¿Por qué no fue al baño de la 365?

PABLO: Porque no pude.

ZULY: ¿Por qué no pudo?

PABLO: Porque me dio pánico cuando esa nave salió de la estación espacial y no me pude mover del asiento.

ZULY: ¿35 horas sin pararse de su asiento?

PABLO: 36, nos hicieron entrar una hora antes para presurizar la nave por problemas de gravedad. ¿Podría decirme donde está el baño?

ZULY: Antes debe diligenciar unos documentos.

(Se despliega de la pared una luz con hologramas.)

PABLO: Puta madre.

ZULY: Le recuerdo que las palabras elevadas de tono están prohibidas en nuestro planeta, buscamos que el ambiente sea sano. Una palabra de estas podría perfectamente alterar nuestra comunidad y ocasionar accidentes tan graves como el homicidio. El homicidio a su vez está penalizado con la pena de muerte.

PABLO: ¿Entonces qué está permitido acá?

ZULY: El suicidio por supuesto.

PABLO: ¿El suicidio? ...Présteme el baño.

ZULY: Nombre.

PABLO: Ya lo sabe... Pablo Palomino.

ZULY: ¡Que sonoro! Pablo Palomino. ¿Edad?

PABLO: 31.

ZULY: Genero...

PABLO: ¿No lo ve?

ZULY: Genero...

PABLO: Hombre, hombre con pito y me voy a orinar justo por mi pito si no me presta un baño.

ZULY: Le recuerdo que no puede usar expresiones como pito, cuca, verga, culo, carajo, mierda, coño, caca, popo, nene, nena, nini, chichi, chocha, chocho, chucha, chacha, cheche, chuchu, chuchi, chochi, chachu y ninguna de las demás combinaciones de sílabas que contengan la ch... Le sugiero revisar nuestro manual de palabras no permitidas se me escapan cientos. ¿Número qué se le asignó?

PABLO: *(Desesperado)* No lo encuentro.

ZULY: En su brazo derecho, tatuado.

PABLO: Ah, 1365.

ZULY: Perfecto, a partir de ahora usted será el marciano Pablo Palomino 1365, o Pablo 1365, o Palomino 1365... Escoja...

PABLO: ¿Escoja qué?

ZULY: ¿Cuál será su nombre? De los que le di.

PABLO: Eh, Pablo 1365. ¿No me va a prestar el baño?

ZULY: Hasta que terminemos, debió haber ido cuando estaba en la nave.

PABLO: ¡Putá madre!

ZULY: Pablo 1365, le recuerdo que no puede pronunciar palabras elevadas de tono según nuestro reglamento de convivencia 2060.

(Unas luces de colores comienzan a iluminar el espacio. El robot activa una cámara que apunta a Pablo.)

PABLO: Si no me quiere decir dónde está el baño alquílemelo al menos, yo dejé un depósito en la entrada al planeta, incluso en la tierra dejé todo hipotecado para poder venir, páguese de ahí y présteme un puto baño.

ZULY: Le recuerdo que la infracción por palabras tan elevadas es de la cohibición de la libertad y el ayuno obligatorio. Además de un curso pedagógico. Espero haya ido al restaurante de la nave y se haya alimentado debidamente.

PABLO: No fui, no le digo que me dieron nervios y no pude pararme de la silla ni para ir al baño. Mierda, entiéndame.

(Las luces titilan cada vez con más intensidad, a lo lejos se acercan dos personas del mismo aspecto de Zuly. Traen bolillos de luz en las manos.)

ZULY: Alerta roja, el máximo permitido de palabras elevadas para los nuevos residentes es de tres.

PABLO: ¿Y para los residentes viejos?

ZULY: Ninguna. Debo comunicarle que se le pondrá en aislamiento correctivo por tres días y se le condena a ayuno obligatorio por mínimo dos, todo depende de su comportamiento. Zapo y Zepo lo llevarán a su celda. Linda estancia.

(Pablo comienza a correr, Zapo y Zepo lo persiguen por el pasillo, él corre y grita desesperado, la caja robot da vueltas enloquecida. En un punto logran doblegarlo, él se orina.)

PABLO: Puta madre, me oriné. Quiero un baño. Me oriné.

(Los sujetos lo sacan a rastras, él no deja de gritar. Zapo le da un corrientazo con un arma que lo deja inconsciente.)

ZULY: Ups. Se salió todo de control. Bienvenido a Marte, terrícola.

(Oscuridad)

Jonathan Londoño Herrera



Los cuentos del tío

Villa Gesell. Provincia de Buenos Aires, otoño de 2024.

Creo que toda literatura es autobiográfica; tiene todo que ver con la vida de un autor, a pesar de que no tiene nada que ver con ella. Rosario Ferré

Ese semestre Manuel organizó un breve taller literario en la sede del Centro Cultural de la ciudad. El eje de trabajo sería la novela autobiográfica. Esa técnica literaria que se distingue de la autobiografía por incluir elementos de ficción. En ella suelen cambiarse los nombres y las ubicaciones pero se conserva la esencia de la vida del autor en la historia.

En los últimos años este género ganó popularidad, hasta despertar interés en el mercado editorial. Los lectores en estos tiempos buscan historias auténticas y emocionantes, y la novela autobiográfica les ofrece eso, en ocasiones terminan en producciones televisivas con cierto éxito comercial.

Hasta hace unos años sólo las personas que gozaban de cierta notoriedad social se embarcaban en la escritura de su autobiografía. Una fuente de trabajo tradicional para los *ghost writers* además de los libros que “escriben” los políticos. En los últimos tiempos de la mano de la democratización de las costumbres toda persona adquirió el derecho de contar su propia historia. Cada historia es digna de ser contada y convengamos que para cada uno de nosotros la historia más interesante del mundo es sin dudas nuestra propia vida. En eso todos somos borgeanos quien afirmó “Toda literatura es autobiográfica, finalmente”.

La elección del eje temático resultó acertada y gracias a esa moda del género auto referencial Manuel logró tener un número importante de aspirantes a escritores inscriptos. La tarea era interesante, él podría preparar durante el cursado una obra de ese tipo sobre sí mismo que venía rumiando en los últimos años. Además toda reunión de personas que comparten una pasión, en este caso la literatura resulta siempre enriquecedora y motivante. Por último, pero no menos importante, el taller arancelado le permitiría reunir fondos necesarios para financiar la publicación de su último poemario: “Pleamar de sueños”

Mientras preparaba el esquema del taller pensó que si bien él recordaba mucho de su infancia y juventud en la casa familiar de Lanús Este, no quería incurrir en errores, reservando las inexactitudes históricas para su creación ficcional. Para evitarlo decidió comunicarse con su tío Luis, que vivía en la parte delantera de la casa chorizo y que fue una referencia afectiva para él en aquellos años.

El anciano todavía conservaba el teléfono de línea, el 4240-9137 que usaban indistintamente las dos familias. Su propio número telefónico, indispensable para organizar la vida afectiva y social en la adolescencia. Hacía años que no tenía contacto con él pero esa tarde lo llamó. Charlaron casi una hora. Manuel le explicó lo que necesitaba. El tío por momentos parecía no entender bien lo que le pedía, en otros se mostraba entusiasmado afirmando que nadie como él sabía de la vida de su querido sobrino. En ocasiones repetía las mismas preguntas acerca de que estaba haciendo él y porque no lo iba a visitar. Parecía no recordar que hacía años que el pariente vivía a 400 km de Lanús. Se despidieron con afecto.

Manuel se quedó pensando que el tío, debido a la edad, se estaba quedando sordo y por eso no escuchaba bien lo que él le decía a pesar que había ido levantando el tono de voz a lo largo de la charla. Pero cortó la comunicación con alegría. Lo llamaría un par de veces más para armar un esquema especialmente de los hechos ocurridos en los primeros años de su vida, que eran los que

tenía más confusos en su memoria. Incluso alguna de las charlas las haría en presencia de los discípulos para que pudieran observar la técnica de investigación histórica en vivo y rescataran su valor.

Una tarde de mediados de abril se reunieron en el amplio salón frente al mar, para dar inicio al taller. Eran veintidós personas, su número de la suerte. Si bien casi todos se conocían, improvisaron una breve presentación. Luego él explicitó cuál sería el modo de trabajo que adoptarían, confirmó las reuniones para los días martes a las 16.00. Explicó que entendía por novela autobiográfica y escribió en la pizarra el esquema básico al que era conveniente ajustarse para enfrentar la tarea.

Paso 1: Escribir un esbozo. Paso 2: Ser honesto y sincero. Paso 3: Crear personajes reales. Paso 4: Usar el lenguaje adecuado. Paso 5: Editar y revisar el trabajo

Les señaló que para cumplir con el punto dos utilizarían el recurso de la investigación con testigos directos de los hechos. En tal contexto en la próxima reunión él hablaría telefónicamente, con el sistema de altavoz para que todos lo pudieran escuchar, con su tío Luis, con quien había compartido la casa chorizo hasta los veintiséis años, cuando se mudó al Centro. Se despidieron sonrientes hasta la semana próxima.

En las reuniones siguientes y en la organización del taller el espacio dedicado a la charla con el tío se ganó un lugar central. Todos, incluido Manuel, seguían con gran interés las historias y anécdotas que el anciano relataba en cada llamada. Misteriosos viajes nocturnos con los amigos del barrio hasta el puente de Remedios de Escalada donde se rumoreaba aparecía una bella y enamoradiza joven en las noches de cuarto creciente. Batallas épicas detrás de la cancha contra los hinchas de Banfield en las que Manuel se destacaba por su valor. La vez que encontraron un Fiat 600 con la llave puesta y él lo arrancó y se fueron a recorrer Pavón en busca de chicas. Una tarde inolvidable en la que Manuel salió en defensa de Julia, la hija del almacenero y se agarró a piñas con un tipo mucho más grande que él. Los viajes clandestinos colados a Constitución esquivando a los guardas para mirar desde lejos el mundo de la prostitución de esa zona y los micros que partían hacia lugares desconocidos. Ese hermoso día de la primavera en el Parque Pereyra Iraola, cuando se puso de novio con Raquel, la más linda del barrio. Los partidos de fútbol en la canchita de la estación en los que el equipo de Manuel, su capitán, ganaba todos los desafíos.

En verdad Manuel no recordaba ninguna de esas historias y a medida que las iba escuchando se producía una disonancia entre los recuerdos que él tenía de su infancia, en general grises y aburridos y las notables historias del Tío Luis. Empezó a sentir orgullo de ese niño que no había sido.

El martes 17 de junio, un número que por algo en el lenguaje quinielero significa la desgracia, se reunieron en el centro cultural. Era una tarde gris, el viento frío del sudeste tornaba inhóspito ese sector de la ciudad pegado al mar. Pese a la inclemencia climática no faltó nadie. En realidad todos concurrían más interesados en las conversaciones del Tío que en los desarrollos teóricos y trabajos prácticos que organizaba el docente. Una vez que todos se acomodaron, Manuel inició el rito del llamado telefónico.

Se escuchó sonar un par de veces y luego el sonido de un auricular que se alzaba, alguien atendía el llamado. Allí aparecería la voz algo débil de Luis. Pero no fue así. Se sorprendieron al escuchar una tonalidad femenina.

- "Hola, ¿quién habla?"

- "Hola. ¿Está Luis?"

- "¿Quién le habla?" dijo la mujer.

- "Manuel, el sobrino"

- "Ah Manuelito! Tanto tiempo. Yo soy Rosa la vecina de al lado. Me dijo tu prima que acomode todo acá y atendí el llamado por si era ella"

- "Hola Rosa como estás. Me alegro escucharte" dijo Manuel sin recordar mucho a la vecina y fue al grano. "Pásame con el Tío por favor después charlamos"

- "Pero Manuelito el tío no está más acá. En el fin de semana lo internaron. Hace años que está con Alzheimer, y cada vez peor, ya no conocía a nadie. Ni siquiera hablaba, tenía una cuidadora pero el Doctor Suárez dijo que no podía estar más en la casa, así que tus primos lo internaron"

Se produjo un silencio en todo el salón. El sonido del mar resucitó. Rosa seguía contando los detalles de la internación, pero ya nadie la escuchaba y Manuel, inmóvil, no atinaba a cortar la comunicación.



El caminante

Caminante errante, con corazón pesante,
caminante en el desierto,
caminante camina lento.
Le arden sus lágrimas, queman su cara,
el nombre es su peso,
caminante errante.

Su corazón es su tierra, su nombre, sus pasos.
Dirige su mano al pecho,
se arranca el corazón, lo deja en el suelo,
caminante errante que ahora es viento.

Viento sin nombre,
quien olvida su nombre ya no tiene madre,
viento sin peso,
viento de aquí,
viento de todas partes, viento de nadie,
viento de sí mismo,
es viento eterno.

Miguel Angel Acquesta

Ahora ya no muere,
sin corazón que le pese,
estará en todas partes,
será todas las hojas en los árboles.
El caminante es viento, su dolor lo dejó atrás.



Ángela M. Hernández Betancourt
Quetame/ Cundinamarca/ Colombia

Paseo

Me subí el cierre de la campera, me coloqué la capucha y en cuanto la lluvia disminuyó un poco su intensidad, abandoné el alero en el que me había resguardado durante los últimos minutos. Hubiera sido conveniente volver a casa y buscar el paraguas, pero como todos los lunes ya estaba retrasada, y no quería comenzar la semana perdiendo el presentismo.

Cuando me encontraba a media cuadra de donde se detenía el colectivo corrí; tampoco quería iniciar la semana viendo como el 152 se alejaba de mí por unos pocos segundos apenas, obligándome a esperar el siguiente, bajo la lluvia, moviendo crónicamente los pies sobre la vereda para mitigar el frío de Julio.

Llegué a la Avenida y me ubiqué en la fila debajo del cartel del colectivo. Tenía unas 8 personas delante mío, y a los pocos segundos la hilera detrás de mí continuó extendiéndose. El tráfico era intenso. Los taxis se mezclaban con los buses y autos particulares, formando una marea de formas y colores.

Habrían transcurrido unos 2 minutos cuando vi que el cartel del 152 se acercaba. La primera persona de la fila elevó su mano; el colectivo se aproximó a la acera y se detuvo. Subí y me senté en uno de los lugares del final, junto a la ventana. Ubiqué la mochila sobre mis piernas, me coloqué los auriculares y apoyé la cabeza sobre el respaldo; tenía un poco más de media hora hasta el trabajo, talvez 40 minutos si había demoras por la lluvia, por lo que intentaría dormir.

Los pasajeros terminaron de subir y el colectivo reanudó su recorrido. Cerré los ojos. Aquellos minutos de viaje eran los últimos momentos de relajación antes de que me vistiera con el uniforme de trabajo y saliera a enfrentarme con los clientes o con mis compañeros, dependiendo de si esa semana debía permanecer en la caja o en el depósito. Aun no sabía con quién tendría que lidiar: con la tirana de Maria que supervisaba el sector depósito y siempre tenía alguna indicación o corrección que hacer; y nunca en buenos términos, claro. O los clientes: la mujer a quien no le aplicaron el descuento y emana fuego por los

ojos; la señora mayor que utiliza el momento del pago en caja para una sesión de terapia, indiferente por completo a las miradas de odio de quienes aguardan en la fila, una fila que aumenta en número a medida que la conversación se extiende; la persona que elige 200 productos y abandona todos porque le fue rechazado el pago. Y por supuesto, el encargado, que pareciera disfrutar de todo este circo.

Una frenada violenta me sacudió el cuerpo y me despertó. El chofer hizo sonar una larga y ruidosa bocina. Miré por la ventana y un taxista que se había cruzado indebidamente le devolvía la bocina entre insultos. Me acomodé y apoyé nuevamente la cabeza en el respaldo. Estábamos por Plaza Italia. Giré la cabeza al frente y llamé mi atención una mujer que se encontraba en los asientos delanteros, de espaldas a mí. No supe en qué momento había ascendido. Tenía una cabellera rojiza larga y semi ondulada, y vestía un sobretodo negro. Escribía en su celular y llevaba puestos un par de auriculares inalámbricos; en el suelo, delante de sus pies abrigados con modernas botas de lluvia, yacía un portfolio negro. Era una imagen impecable, adornada por las gotas de lluvia que repiqueteaban en la ventana junto a ella.

Bajé la cabeza y me observé a mí misma, allí sentada, el cabello descuidado y recogido, las zapatillas mojadas, la mochila vieja, el auricular con cable encintado. Cuánto tiempo y dinero debería dedicarme para verme como ella...teníamos un color de cabello similar...pero no la imaginaba armando cajas en un depósito mohoso de suelo cementado, ni recibiendo inmerecidamente ofensas por parte de los compradores, ni constantes desprecios y humillaciones de los jefes.

La imaginaba profesional, seguramente trabajando en una oficina del microcentro, o talvez gerente de algún banco o empresa. Iría a la peluquería todas las semanas, y regularmente a algún centro de estética. Saldría de compras habitualmente, y olería siempre a perfume. Nunca repetiría look entre semana. Seguro vacacionaba en lugares lindos, y tendría un marido envidiable. Indudablemente su auto estaría en arreglo, motivo que la había forzado a tomar el bus.

La mujer se puso de pie, recogió del suelo el maletín y se acercó a la puerta delantera; le

murmuró algo imperceptible al chofer y permaneció allí. El colectivo se detuvo en la siguiente parada y ella descendió. El bus reanudó su marcha, y vi como la mujer subía a la vereda y caminaba en la misma dirección hacia la que nos desplazábamos. Pronto, la dejamos atrás.

Casi llegando a la intersección de Santa Fe y Callao, el 152 se detuvo. El semáforo tenía luz verde, pero no pudo avanzar debido al intenso tráfico detenido más adelante. Miré por la ventana y la vi avanzar, caminando de forma elegante, con los cabellos al viento y observando al andar la vidriera del imponente Ateneo. Cuando pasó por delante de mi ventana y dirigió la mirada al frente, pude ver su rostro, y sentí como si una bola me golpeará, y a continuación un agujero negro me absorbiera. La mujer llegó hasta la esquina, y cuando el semáforo pasó a luz roja comenzó a cruzar. Me puse de pie y la seguí con la mirada. Le pedí al pasajero junto a mí que me permitiera el paso y me acerqué a la puerta trasera para descender. Hice sonar el timbre, las puertas se abrieron y bajé; corrí hacia la esquina, el contador del semáforo anunciaba que en 7 segundos se reanudaría el tránsito, por lo que crucé Callao a toda velocidad para no perderla.

Llegué a la vereda. Un centenar de personas iban y venían desde y hacia todas direcciones. Observé con atención y pude ver, a mitad de cuadra, su cabellera rojiza. Apuré el paso hasta quedar detrás de ella, y caminé escoltándola varios metros. Nerviosa, la observé desplazarse con paso firme, haciendo sonar las botas sobre la vereda; sus rizos se agitaban con el andar y desprendían un aroma amaderado. El abrigo negro la cubría hasta las rodillas, y vi rodar sobre él algunas gotas de lluvia.

El corazón me latía con fuerza. Me sentía atravesada por la inquietud y el nerviosismo. Le toqué el hombro y se dio la vuelta; me quitó la capucha de la campera y mi horror fue su horror. Intenté hablar, pero mi garganta se cerró y las palabras no surgieron. Los bucles rojizos que adornaban su fisonomía se agitaban desordenadamente en su cabeza y la hacían parpadear al entremezclarse con sus largas y arqueadas pestañas. Sus ojos azules no podían abandonar su intensa introspección.

Elevé el brazo derecho por los aires y me toqué el rostro. Estiré la mano hacia adelante y no sentí la superficie húmeda y fría de un traslucido charco

de agua, ni la cara lisa y plana de un espejo; sentí, por el contrario, una tersa y fría piel.

Di un paso hacia atrás y permanecí rígida, clavada al suelo, la marea de gente esquivándome, las débiles gotas de la incipiente lluvia que se reanudaba humedeciendo mi cabello; las bocinas, las conversaciones; mi respiración, mi tiempo y espacio detenidos; pero fuera, en la vida, las agujas seguían corriendo, los minutos pasaban y seguro ya eran más de las nueve, y llegaría tarde; muy tarde. Pero ya no me interesaba ni el presentismo, ni la tirana de Maria, ni el encargado, ni los clientes, ni nada, porque por más que quisiera, no podía dejar de observar, con asombro, a aquella mujer que era idéntica a mí pero que no conocía ni había visto nunca en mi vida

Paola
Rinetti



Página 30 Visto en redes



TENEMOS NIÑERAS QUE SE ENTREGAN TOTALMENTE A SU CUIDADO Y NECESIDADES, CON EL MISMO CARÍO CON QUE LO HARÍAS TÚ

Nadie se preocupará por ti lo suficiente como para arreglar tu vida.

Nadie va a venir a tu cama, sacarte de ella, arrastrarte a un trabajo y obligarte a trabajar duro si no lo haces tú mismo.

Nunca vas a tener ninguna de las cosas que quieres si no las consigues tú mismo.

"No soy un hombre que sabe. He sido un hombre que busca, y lo soy aún; pero no busco ya en las estrellas ni en los libros, comienzo a escuchar la enseñanza que mi sangre murmura en mí.

Mi historia no es agradable, no es suave ni armoniosa como las historias inventadas; sabe a insensatez, y a locura, y a ensueño, como la vida de todos los hombres que no quieren mentirse mas a sí mismos."

Herman Hesse

¿CÓMO SE LLAMARÍA TU PELÍCULA DE TERROR?

PRIMERA LETRA DE TU PRIMER NOMBRE

A. LA MATADORA	J. LA MONJA	S. LA CALACA
B. LA MADRASTRA	K. LA NIÑA	T. LA ACOSADORA
C. LA ASESINA	L. LA MUERTE	U. LA PERVERTIDA
D. LA DIABLA	M. LA VILLANA	V. LA PSICOPATA
E. LA EXORCISTA	N. LA FANTASMA	W. LA UYUWOKI
F. LA ZOMBIE	O. LA BRUJA	X. LA ANCIANA
G. LA LOCA	P. LA HUERFANA	Y. LA DOCTORA
H. LA PAYASA	Q. LA MUÑECA	Z. LA HADA
I. LA LLORONA	R. LA MAESTRA	

MES DE NACIMIENTO

ENE. POSEIDA	MAY. SATANICA	SEP. EXITANTE
FEB. SANGRIENTA	JUN. VIOLADORA	OCT. INFERNAL
MAR. CACHONDA	JUL. MORBIDA	NOV. SEXI
ABR. PERTURBADORA	AGO. FANTASMAL	DIC. CALIENTE

PRIMERA LETRA DE TU APELLIDO

A. DORMIRA CONTIGO	J. BEBERÁ TU SANGRE	S. DE MI EX
B. TE BUSCARA	K. COMERA TU CARNE	T. TE SECUESTRA
C. TE OBSERVA	L. EL REGRESO	U. QUIERE BESARTE
D. TE BUSCARA	M. QUIERE MATARTE	V. TE POSEERA
E. TE TOMARA	N. ATACA DE NUEVO	W. LLEGO
F. QUIERE TU CUERPO	O. DEL MÁS ALLA	X. SABE DE TI
G. DE OTRO MUNDO	P. TE COMERA	Y. POR TI
H. TE HARA GRITAR	Q. ESTA SUELTO	Z. MEMERO
I. QUIERE PERREAR	R. BUSCA VENGANZA	

El resultado

Iría al parque y se sentaría a respirar el aire fresco. Estaba un poco cansado después de su prolongada caminata. Escogió un cómodo banco de madera, que contaba con el resguardo de una reconfortante sombra proporcionada por un majestuoso roble, y se dedicó a contemplar el mundo que lo rodeaba. La primavera asomaba las narices por el horizonte desprendiendo el aroma dulzón de las eminentes flores, mientras que los primeros rayos de sol regalaban una agradable calidez a la mañana. A esa temprana hora el parque era atravesado por apurados y somnolientos peatones de todas las edades que iban rumbo a diversos destinos y desparramados por aquí y allá había madrugadores deportistas que hacían sus rutinas de ejercicios. El hombre dejó de prestar atención a todo lo que lo rodeaba y comenzó poco a poco a divagar en sus pensamientos. Sin darse cuenta, se encontró rememorando todo lo que había sido su vida.

"He vivido una vida de fantasía. Tuve una familia maravillosa durante mi infancia y fui inmensamente feliz con todos ellos. Mi desbocado corazón y mis insaciables ansias de conocer el mundo me llevaron a dejar mi amado hogar para viajar y así poder descubrir los secretos del planeta. Desde entonces, me he embarcado en grandes y épicas aventuras. He vivido con nómadas músicos de las colinas del norte, he buscado oro en peligrosas y profundas minas de las tierras más remotas del mundo, he sido un intrépido explorador, también he sido un conquistador furibundo. Fui guerrero, y uno temido, debo decir. Fui hecho prisionero varias veces, algunas veces escapando gracias a mi ingenio otras veces salvando gracias a fuerzas externas. He aprendido magias antiguas, que me han llevado a ser un hechicero algunas veces y en otras ocasiones un gran sanador de enfermos. He sido músico y poeta, he llegado a dominar muchas lenguas, algunas muy conocidas otras casi extintas; he bailado y actuado en grandes y pequeñas compañías nómadas; eso me ha llevado a conocer rincones del mundo que pocos han conocido o ni siquiera oír de su existencia. Debo reconocer que también he mendigado y alquilado mis dotes por comida y un lecho para dormir en más de una ocasión. Pero también debo decir que en otras ocasiones, he llegado a ser inmensamente rico. He odiado y he sido odiado muchas veces, he perdonado menos veces de las que hubiese debido. Pero creo que muchas más veces he sido una buena persona que una mala. He amado y me han amado intensamente, y creo que esto es, tal vez, mi tesoro máspreciado.

A lo largo de mi existencia, he sido muchas veces un ser torpe e impulsivo; sin embargo, en otras épocas de mi vida, pueblos enteros han llegado a adornar mi nombre con el epíteto de hombre sabio. A través de mis años he conocido a muchos hombres y mujeres, algunas las recuerdo de forma muy tangible, otras ya están siendo borradas por el paso del tiempo. He sido tantos hombres en uno, he vivido tantas vidas en una, que ahora ya me parece que se cuentan por cientos.

He sido, soy y tal vez llegue a ser tantas cosas a la vez, que ahora, al reflexionar sobre quién soy realmente, temo, y este es mi mayor miedo, ser el simple resultado de la imaginación de un mediocre escritor."

Se rió pensando hacia el rumbo que habían tomado sus locos pensamientos. Entonces miró su reloj, suspiró profundamente y decidió que ya era hora de volver a casa.

Marcos Álvarez

El espejo de la plegaria

Juan Fernando Mondragón

¿Verdad, André? ¿Verdad que no me has dejado nunca sola? ¿Verdad que aún esperas mes con mes a verme, con las mismas ansias con que te espero yo? ¿Verdad que no te aguantas las ganas de venir hasta acá y platicarme todo, contarme de todo, como yo no aguanto las ganas de pararme frente a ti y, al fin, escucharte? ¿Verdad que yo sí te escucho, y te escucho tan bien como para saber cuándo increparte, o cuestionarte, o recriminarte, o echarme a reír, sin pena alguna, aunque resuene hasta el último de los rincones de este camposanto y nadie nos entienda, como se debe de hacer entre dos amigos, entre dos confidentes? ¿Verdad que nos tenemos el uno al otro, aunque esté yo aquí, adentro, y tú, todavía allá, lejos, cada vez más lejos? ¿Verdad que tú y yo estamos solos? ¿Verdad que somos tú y yo? ¿Verdad que siempre fuimos tú y yo? ¿Verdad que ha sido así desde la primera vez, desde aquella vez que me viste delante de ti, imposible, despierta, abierta, y tú con ese rostro lleno de piedad, que tanto adoro? ¿Verdad que todavía ayer fue así, cuando te marchaste, y no volteaste antes de salir por la puerta, y seguiste sin voltear cuando ese hombre echaba el cerrojo al mausoleo y me lanzaba su mirada incrédula, como lo hace cada vez que estás aquí? ¿Verdad que esa mirada también te hiere? ¿Verdad que a ti también te hieren, todos ellos, tanto, profundamente, como a mí? ¿Verdad que nos lastima que no te escuchen? ¿Verdad que nos hacen daño cada vez que te obligan a separarte de mí, porque siempre quedan cosas por decirnos, y la pregunta decisiva, esa última pregunta, se nos ha quedado colgando de nuestros labios, como un desahuciado que se aferra al borde del precipicio? ¿Verdad que ayer temblaba tu puño por mí, y no por lo que ellos te decían? ¿Verdad que no les crees a ellos? ¿Verdad que confías en mí? ¿Verdad que sufres y yo sufro contigo? ¿Verdad que, entonces, lloro por ti, en el silencio? ¿Verdad que tú sí escuchas este llanto mío, y lo sientes, muy dentro de ti lo sientes, como para latir en tu pecho el latido de mi corazón? ¿Verdad que hay llanto, y dolor, en estas lágrimas rojas, que son por ti, y por mí, por nadie más que nosotros? ¿Verdad que todo esto es solo conmigo? ¿Verdad que nos bastamos? ¿Verdad que así será hasta que las hojas de los árboles que me rodean se marchiten, y los ídolos de madera se pudran, y los querubines de piedra se derrumben, y la tierra sobre las tumbas se disuelva, y ya nadie haya que conozca los nombres en los epitafios? ¿Verdad que así será hasta que yo misma me deshaga, y el azul de mi manto de yeso se blanquee, y las estrellas que hay en él se precipiten, y el techo que me cubre sea el cielo verdadero? ¿Verdad que estamos más allá del tiempo? ¿Verdad que estamos más allá de los cuerpos, de la distancia, de este recinto que me contiene y del lugar al que te llevan? ¿Verdad que no me abandonas? ¿Verdad que me sigues escuchando? ¿Verdad que todavía me veneras? ¿Verdad que ahora cierras los ojos para no ver mi tristeza? ¿Verdad que ahora te tapas las orejas para no escuchar mi angustia? ¿Verdad que aprietas los dientes porque te faltó? ¿Verdad que todo esto te desgarró? ¿Verdad que no gritas que me calle porque quieras que me calle de veras? ¿Verdad que estás llorando conmigo? ¿Verdad que te compadeces de mí? ¿Verdad que todavía me amas? ¿Verdad que les dirás todo? ¿Verdad que harás que te crean? ¿Verdad que harás tú el milagro? ¿Verdad? ¿Verdad?



LOS JINETES

Axel Franks

El calor de enero es insoportable.
Y vuelve todo insoportable.
Ni hablar del centro.
Insoportable.
¿Sarmiento y Florida? Más insoportable.
Donde pegue el sol está insoportable.
El grito de "cambio, cambio": insoportable.
La cola del McDonald's hasta los huevos.
Todos ahí, apretujados, esperando para comprarse ese conito combinado.
Insoportable. La lengua de la señora lamiendo la gota de helado que cae derretida por todo el cucurucho: insoportable.
El olor a pancho: insoportable. Mezclándose con el olor a culo del asiento de cuero de la moto también insoportable. Pegajoso. Resbaloso y mojado, pero más que nada: insoportable.
Los dos tienen olor a culo. Los dos que están arriba de la moto. Con el culo resbaloso y mojado. Arriba del Transalp apagado. Con el aliento caliente, con olor a chivo. Están esperando. Esperan. La idea era estar ahí sin estar. Pasar desapercibidos. Pero no pueden evitar querer hacerse los John Wayne. Los pistoleros del lejano oeste. ¿Qué pistoleros con esa .32 chota hecha mierda?
El conductor es su cuñado. El novio de su hermana. Está tranquilo. Andá a saber por qué tan tranquilo.
El viejo ya debería haber salido del banco. Lo vieron entrar hace como quince, veinte minutos. Ya debería haber salido del banco con el bolso. Con el bolso que tiene la guita.
El banco es el Ciudad que está en la esquina. El que tiene el reloj en la pared de la calle. El reloj ese que siempre anda para el orto.
El plan es simple. Una vez que el viejo salga del banco, esperan a que camine esa media cuadra por Sarmiento hasta donde dejó el Clio. Y apenas se suba y deje el bolso antes de

arrancar, van los dos con la moto hasta ahí. Rápido, bien rápido. El de atrás va a bajar y tres segundos después ya no solo debería haberle arrebatado el bolso, sino que también estar de nuevo en la moto y mínimo por la altura del Obelisco. Como dos vaqueros. Como dos pistoleros. Como John Wayne.

El de atrás tiene la frente toda transpirada. El pelo: empapado. Más piensa, más chiva. Parece nervioso. El sudor le baja por el casco a chorros. Se lo quiere sacar, pero no, no puede. O no debe. El casco los protege, pero no está para protegerles el cuerpo, está para protegerles la identidad.

No deja de mirar la puerta del banco. Que salga el viejo.

Era su primera salidera. Del cuñado no. Él ya lo hizo antes. Varias veces. Por eso es el que toma las decisiones. Pero el de atrás no está convencido. ¿Y si el que pasó el dato se equivocó? ¿Y si alguien ve que tienen la patente tapada? Cuando empieza con ese tema, el cuñado ni bola. Lo saca cagando.

Que salga el viejo.

Se juntaron un par de autos sobre Sarmiento, un blindado más adelante está trabando la circulación. El de atrás le pregunta al cuñado si no es mejor ir por otra que no sea por Sarmiento hasta Cerrito. Capaz convenía Viamonte hasta Alem. Porque aunque sea enero y haya menos gente, la 9 de Julio siempre es un quilombo. Siempre. El cuñado le dice que no rompa las bolas. Que ya estaba pensado así.

Unas voces de la nada alteran al de atrás. Unos oficinistas con pinta de tarados que pasan caminando y charlando ahí donde estaba el Falabella.

Los autos. El viejo que no sale. La ruta de escape. El cuñado en Babia mirando el celular. Así por cómo viene la cosa, va a salir todo mal. No quiere caer en cana. Es mejor morir que caer en cana. Porque lo dice el cuñado. El cuñado ya estuvo guardado antes. Varias veces. Le dijo que es lo peor que te puede pasar. Él no. No quiere saber cómo es.

Que salga. Que salga de una vez. ¿Por qué aceptó? ¿Y esos pibes que recién miraron? ¿Y ese bocinazo? ¿Por qué se metió en ésta?

Esa musculosa negra está tan mojada. Con la mano se la despega un poco del cuerpo y la sacude. Para ventilarse. La transpiración del calor le caretea la transpiración de los nervios. Ahora tiene la cara más chivada y los labios secos. Secos mal.

Ahora las manos. Se las seca en el pantalón feo ese que tiene. No le paran de temblar al boludo. Y esos cascos de mierda que no te dejan ver bien. Ves todo más oscuro, perdés la visión periférica. Encima el que le tocó a él tiene la visera toda rayada.

De perseguido, gira tanto la capocha para mirar alrededor que sin darse cuenta choca su casco con el del cuñado. Es la segunda vez que pasa. Al cuñado le rompe los huevos, pero se calla la boca.

El de atrás mira a los que cree pobres giles esperando por su conito. Sometidos. Haciendo la filita. Todo como corresponde, como les ordenan. Por su conito combinado. Con ese gusto artificial. Le pregunta al cuñado si no le conviene ir prendiendo la moto. Que el viejo debe estar por salir. El cuñado le dice que es al pedo, que no tarda nada en prenderla, que se quede tranquilo. Se moja los labios con la lengua, se los muerde. Para bajar los nervios. Que salga de una puta vez.

Ahora le dice al cuñado que no se olvide de dejarlo del lado izquierdo del auto. Del lado del conductor. Así hace rápido la movida. Ya lo hablaron ayer, pero por las dudas.

El cuñado se saca el casco para secarse la cara. El de atrás le pregunta que qué hace. Que no debería. El cuñado le responde que está todo bien. Que ya le está rompiendo las pelotas tanto comentario.

¿Y si no sale? ¿Y si el viejo no suelta el bolso o el maletín o lo que mierda lleve? ¿Recién el guardia del banco los vio a lo lejos o le parece? Ese casco del orto no le deja ver bien.

Prueba respirar hondo. Lo escuchó de alguien que sabe de meditación o de algo por el estilo. En el fondo quiere que el viejo no salga nunca. Tanta duda lo desequilibra. Y sin darse cuenta hace que la moto se desequilibre también. El cuñado, ya caliente, le dice que se quede quieto. Que qué mierda le pasa.

El de atrás aprovecha esos segundos que no sabe cuántos son para convencer al cuñado. Para convencerlo de que esté atento, que deje el celular, que se ponga el casco, de que agarren otra calle que por esa no van a poder meterse. Que por Sarmiento los van a agarrar. Que lo deje por el lado izquierdo y que lo espere cerca. Que lo espere al costado del auto y no enfrente, a ver si el viejo en los nervios los pisa con el Clio. Pero que igualmente lo espere. Que lo espere sí o sí.

El cuñado accede, pero accede porque el de atrás tiene razón. Y esperar lo va a esperar le afirmó, pero porque él sin la guita no se va a ningún lado. ¿Y si el cuñado no lo espera? ¿Y si se va y lo deja ahí de garpe? Prefiere estar esperando en la fila del McDonald's para comprarse el conito combinado.

Y al final, pasa. El viejo sale. Con esa cojera, con esos lentes encintados. Y sale atento.

Atento con una mochilita puesta. En esa mochilita tiene que estar la guita. Camina ligero. Mira para todos lados. Ligero y atento. Siempre salen atentos. A medida que van llegando a la oficina o a su casa sin que pase nada se van calmando. Pero el plan es que el viejo no llegue con la guita adonde sea que vaya.

La moto ruge y arranca, y para cuando el viejo se da cuenta ya es tarde. Ya lo tiene al de atrás encima. Los gritos del viejo alarman a todos. Al del local de comida por peso, al encargado del edificio de la vuelta, al que le abre las puertas de los taxis a la gente, a los que andan por ahí, a todos, pero eso no es un problema. El único que era mejor que ni se entere es el guardia del banco que no se mosquea, está adentro tirándole onda a la recepcionista. Está en cualquiera.

No tuvo que ni sacarla la .32. El viejo suelta el bolso de manera dócil. No puede haber infligido menos resistencia. El cuñado lo dejó al de atrás del lado izquierdo del auto, lo espera en el lugar perfecto de manera perfecta. El de atrás se sube a la moto como un animal, y en ese desenfreno, el salto hace volar por los aires billetes fuera del bolso. Y ahí nomás, el cuñado pone primera y agarran Florida para salir a Viamonte tal como pidió el de atrás.

Salen por Florida como unos locos. Peatonal. La gente ve pasar al monstruo a toda velocidad. Giran sus cuellos los clientes de los locales. Al mantero se le vuelan los palos santos. Una piba asoma desde la ventana del edificio de oficinas. Los que caminan por ahí se abren cuando ellos pasan. Abren paso.

El cuñado agita su pierna como si de un estribo se tratara. Acaricia el lomo del Transalp. Lo trata bien. Con cariño. El escape de la moto de repente la hace relinchar. Con fuerza. A todo volumen. Con razón él es el conductor, porque maneja como los dioses. Es todo un domador. Todo un Steve McQueen. Esquiva el puesto de diarios. Esquiva a la señora distraída. Esquiva con total facilidad. Tan bien maneja este hombre que hasta se podría llegar a creer que por un segundo con la moto hace willy. Sí, willy. Alzando y manteniendo en el aire la trompa de la bestia. Como el logo de Ferrari.

Pasan Lavalle con todo y el sol refleja en la moto volviéndola reluciente. Jamás se la vio tan bella. Jamás. Ese negro sucio ahora es un negro perfecto. Un precioso negro azabache. Llegan a Tucumán y siguen. Siguen su marcha. El de atrás siente el viento golpear contra el casco. Le dan ganas de sacárselo. Para ver bien. Para disfrutar el momento. Para sentir el golpe de aire. Fresco. Bien fresco. Sabe que no debe, pero no quiere perderselo y no lo duda más. Se lo saca. Entrecierra los ojos. Ahora puede sentir el viento. Cada pelo. Cada poro. Por fin. Fresco. Ya no le tiemblan las manos. Ya no tiene los labios secos. Ya no transpira. Se siente fresco. Solo fresco.

A alcanzan Viamonte. Doblan y agarran ésa. La derrapada hace que de la curva salga polvo del suelo. Con todo. Polvo por donde mires. La cuadra está desierta. Es un desierto. La velocidad y las ruedas generan en los adoquines un sonido específico. Un tacatá, tacatá, tacatá.

En ese instante el de atrás quiere más. Le dan ganas de sacar la .32 y pegar unos tiros al aire. ¿Por qué? Porque quiere. Porque es libre. Porque primera vez se siente libre. Pero se contiene. No es bueno para el plan. Se contiene. Pasan San Martín. Tacatá, tacatá, tacatá. Pasan Reconquista. Tacatá, tacatá, tacatá. Pasan 25 de Mayo y el de atrás ya puede ver Alem a lo lejos. Cada vez más cerca. Si salen a Alem, ya está. Si salen a Alem, ya está. Ve Alem. Ve la esquina. Ve la esquina. Ve borroso. No ve nada.

El Forrest Gump ese que los vio venir, tuvo una corazonada. Moto de a dos en pleno centro, a las chapas y con billetes volando de un bolso: "Estos son chorros". Y al verlos desarmados, sin armas a la vista, se animó. Se envalentonó. Quiere ser el héroe hoy. El John Wayne. Todos quieren. Y es el que tira el contenedor de basura hacia ellos. Con fuerza y precisión. El contenedor que se lleva puesta a la moto. Al corcel y a sus jinetes. El sonido seco hace que el empleado del kiosco se quede paralizado a medio entregar la gaseosa fría que acaba de vender. El billete flota en el aire, en cámara lenta, y detrás de él cientos de billetes como ése flotan. Los cuerpos de los motoqueros se elevan, y van lentamente separándose del vehículo. Alejándose. Los billetes tocan el suelo, lenta y suavemente. Los cuerpos de los jinetes tocan el suelo, abrupta y brutalmente. ¿Por qué no desenfundó el arma cuando le pintó? ¿Por qué no pegó esos tiros al aire que tanto quería?

Ve rojo. Se ve la mano. Roja. La ve roja. Y mientras la gente desesperada a lo lejos agarra los billetes del suelo como hienas, él está ahí tirado. En el medio de la calle. Viendo al cuñado tieso, bien tieso, bien muerto. Con

toda esa sangre saliéndole del casco y
derramándose por el cordón mugriento. La
moto hecha bien concha contra la vereda, con
una rueda aún girando. Girando como la
cabeza del de atrás. Ahí echado.

Con un billete pegado al labio y otro al
antebrazo. Todo mambleado. Todo babé.

No entiende mucho qué está pasando. Siente
el cuerpo mojado, no sabe si es sangre o
transpiración. Tampoco entiende que los
pasos que vienen hacia él, son los de la gente
y el cana que vienen a lincharlo, ni mucho
menos entiende dónde quedó su casco y que
quizá el buen plan en realidad era el mal plan
y que el mal plan quizá era el bueno, pero si
entiende que prefería que el viejo no salga
nunca. Nunca nunca. Y por último también
entiende las patadas, que el asfalto que le
toca el cachete está hirviendo, y que la
raspadura gigante de la rodilla tiene el calor
de un volcán.

Y el empleado del kiosco termina de entregar
la gaseosa. Y la gente retoma camino por la
calle, pisando los charcos de agua de las
veredas. Los charcos del agua de los aires
acondicionados.

Y el calor vuelve a primer plano.

Qué calor.

Ese calor insoportable.

El de la City Porteña.

Las enojadas bocinas y puteadeas del
tránsito: insoportables.

Los turistas que andan regalados con esas
cámaras caras colgando y hablando a los
gritos en su idioma que vaya a saber cuál es:
insoportables.

El calor de enero vuelve todo insoportable.



Visite la web del
editor
Escritordaniel.es

El zapatero

Alejandro Jacobsen

*Discutimos con las sombras,
hasta formar un coro que escapa por el pasillo...*
(Jorge Rivelli)

Y los clientes dejaban de entrar cada vez al local; y la zapatería, vacía de rumiar agrio, se apagaba. El cartel de *Hoy no se fía* era una burla que cada mañana ensombrecía el amanecer.

A veces, creía que el olvido nunca lograría aliviar este tiempo presente, rígido, este tiempo presente que solo lo hacía mirar hacia atrás; que lo empujaba hacia una única salida, hacia un futuro que lo llevaba de vuelta al pasado, convencándolo de caminar, con zapatos bien lustrados y relucientes, sobre su memoria, pisando descalzo sobre recuerdos, avanzando siempre hacia atrás.

Domingo lleva el nombre y la profesión de su abuelo, es que su papá Giuseppe tenía claro cómo debía ser su descendencia, cómo su historia tenía que continuar por estas pampas. Domingo debía seguir tejiendo, eslabón tras eslabón, la larga cadena de zapateros que Giuseppe le encomendó; que Giuseppe trajo desde una lejana Italia, luego de cruzar aguas y trepar barcos. Y, como alumno o como vencido, Domingo no podía salir del encadenamiento pulcro en que estaba resignado y que día a día solo sabía volver a seguir. La zapatería era una obra que él debía continuar, pasarla a su siguiente generación, él tenía sobre sus espaldas y sobre su conciencia, el peso de piedra y cemento del deber, del no escapar, el de sostener el oficio.

La vida de Domingo está marcada, marcada por el pegamento con el que repara, la cera con la que lustra y las manos con las que trabaja cada zapato. El poco trabajo y los profundos silencios en que solía hundirse, casi lo obligaban a tomar con especial y exagerado esmero cada pequeño arreglo, cada mínima reparación que le llegaba al mostrador. Incluso, solía comprometerse, dar su palabra y desafiar a su propia experiencia, asegurando que podía reparar zapatos o botas que no solo no tenían un arreglo digno, sino que eran trampas que muchas veces hacían gastar demasiado dinero en materiales y accesorios y él quedaba obligado a debatirse contra la rotura en largas noches y madrugadas. Podía pasarse horas arreglando una suela, pegando el fondo de un zapato, metiéndose en él, quizás para olvidar.

Sobre la calle Sucre, a pocos metros de la avenida Colón, en plena ciudad, Domingo abre cada mañana su zapatería. Desde el fondo del local, surge reiterado Domingo, abre una pequeña puerta de madera que une el mostrador con una de las paredes, camina lento todo el largo pasillo central del local, siente en sus manos el frío de la cadena con que levanta cada vez la persiana de metal y, con gesto helado, gira el cartel de *Abierto y cerrado*, un cartel que ya casi nadie nota o le cree. Pese a los largos años y al reiterado gesto de abrir su zapatería, Domingo recibe cada vez a menos gente, cada vez menos clientes lo recuerdan, y él los envidia.

Quizás la soledad y los pasillos silenciosos de su taller eran la escena que Domingo buscaba construir como parte de este ensayo de zapatero que cada día escribía entre suelas, cordones y costuras. No importaba la cantidad de gente que podía entrar al local, la cantidad de clientes que Domingo pudiera atender, el local debía seguir, el oficio debía permanecer; la mirada de su padre desde el cuadro colgado sobre la pared descascarada lo sostenía.

Apenas se ingresaba al local, se notaba que la zapatería era un lugar con poco aire, con muchos silencios; con grandes pilas de botas y zapatos que nunca fueron reclamados por sus dueños y que caían en un olvido lento y largo, un olvido que no alcanzaba. Un calendario del año anterior se sostenía aún en pie, apenas colgado justo detrás del mostrador, un mostrador roído por el tiempo, áspero y torcido que guardaba algunas pomadas, cepillos de lustrar y plantillas. Un afiche con un antiguo modelo de mocasín llenaba el pasillo principal del local, y las baldosas, ya de varios colores y modelos, con marcas de reparaciones y parches, soportaban el peso de los pocos pasos que solían andar. Un ventilador que no funcionaba colgaba del techo, junto a un par de lámparas que apenas podían alumbrar. Allí pasaba su vida Domingo, siempre calzando unos anteojos marrones, de marco ancho y cordones negros que le

rodeaban la nuca. Con una habitual lapicera en el bolsillo de la camisa y sus callos, unos profundos callos en las manos grandes y algo temblorosas.

Domingo, con sus pasos lentos y repetidos, su boina gris y barba canosa, era el arquitecto detallista y minucioso de aquella construcción de soledad y silencio que se erigía dentro de su zapatería. El silencio y la soledad no eran motivo de melancolía para Domingo, él había logrado convertir todo eso en sus armas y herramientas para levantar una muralla alta, un paredón ciego y rústico, inmenso, con el que, si se lo proponía, podía sepultar tantas generaciones de zapateros como fueran necesarias y en ese mismo instante. En la cabeza y en el pecho de Domingo, se pegaba un gran remiendo que mostraba todas las generaciones anteriores, todas las manos impregnadas de pegamento y gastadas de tantas costuras, todas las historias de zapateros de la familia quedarían sepultadas en el centro de la ciudad, todas empujadas por un tiempo que se le caía encima, primero a Domingo, luego a Giuseppe y después, también al resto de italianos zapateros; y el olvido, el olvido esquivo que no terminaba de llegar.

Una vieja radio lo miraba desde el estante más alto, sin sonido, cubierta de polvo; era testigo mudo de los días, más por resignación que por costumbre. Una radio que antes supo traer rezongos de periodistas en las mañanas, raros concursos y bromas en las tardes, algún partido de Belgrano en alguna de las categorías de ascenso y unos tangos, esos tangos que hoy son el ciego mundo de Domingo.

—Hijo, subí el volumen que ese tango me gusta; —dijo una vez en voz alta, mientras estaba solo detrás del mostrador de su zapatería, ordenando una vez más los cordones que siempre estaban ahí colgados.

Domingo había leído un solo libro en toda su vida, y de todas aquellas páginas de Borges, solo le gustaba recordar unas que elegían al olvido por sobre la venganza y el perdón. Es que en su mente, soñaba con ganarle la pulseada a la memoria, esa esquivada y porfiada memoria que lo buscaba y encontraba pese a inventar escondites y cuevas en todos los rincones de su zapatería. No bastaban las peleas con su sombra para escapar por los pasillos de su local.

Había días en que no entraba nadie en busca de remiendos y arreglos, días enteros en que nadie necesitaba pomada, calzadores o cordones; absolutamente nada. Y Domingo no tenía forma de escaparle al recuerdo de su hijo, preso en Santa Fe; quizás por esquivar el oficio de la familia. Porque la búsqueda de soledades y silencios en los pasillos de su zapatería tenía nombre, o una historia.

Estaba convencido de que su labor lo apasionaba, aunque no podría definir con precisión qué era la pasión, de qué se trataba ese sentimiento poco controlable y que a veces le parecía una salida. Cuando su mente quería llevarlo por los caminos del recuerdo, Domingo escapaba hacia la vieja y pequeña cocina, abría la desvencijada heladera y se servía un angustiado vaso de vino. Ese gesto, repetido, retórico y mecánico lo ayudaba a reencontrarse con su olvido, con esa constante lucha contra la memoria.

Así, inmediatamente arrancaba un ciego y circular deambular por el local, saboreando o intentando saborear un vino, imaginando o intentando imaginar la llegada del atardecer, confiando o ya seguro de que el silencio y la soledad de los pasillos de la zapatería lo ayudarían también a reparar, arreglar y pegar su olvido; esquivando a esa mezquina memoria y ese terco recuerdo que siempre lo hundía en el mismo lugar.

No le gustaba asomarse a la puerta del local, mostrar su impaciencia y anhelo de recibir aunque sea un cliente, o descubrir su íntimo deseo de que alguien simplemente le pregunte el precio de las sucias botas que tenía en la vidriera y que él ya no podía recordar que estaban allí. Nunca pisaba la vereda, así, lograba esquivar saludos forzosos y miradas extrañas, este rito de permanecer dentro del local lo respetaba ciegamente. Prefería mirar seguido al reloj colgado en la pared, un reloj ya sin pilas hace mucho tiempo; o simular que ordenaba alguno de los estantes con zapatos y botas a medio reparar, esos que alguien algún día dejó y no volvió a retirar, moviendo los calzados de un sitio al otro y luego volviendo a repetir la misma acción al revés, regresando todo al lugar inicial. Este acto lo hundía a Domingo en una paz sombría.

En el barrio, Domingo era solo *el zapatero*, en la vida, en medio de la ciudad, Domingo era un hombre solo, buscando un olvido. Él sabía, se convencía cada día, que él sería el último que iba a sostener la mecánica de levantar la persiana de la zapatería a la mañana, bajarla en cada atardecer y, distraído, girar el cartel de *Abierto y cerrado* cada vez.

La galería: Irina Tall Noviková (I)





PRÓXIMO NÚMERO

Tery logan

El retorno

rissell rodríguez

Domingo Ortega

Eloy Calvo Pérez

El rincón de cristiane

Carlos Caprioli

Jose julio palma

Nuria Delgado

Maximiliano Sacristán

Pilar Pérez Viñuales

José R. Simón

Pablo Velázquez

Mapache

Juan Carlos Flores

Fredy Pimiento

Enrique Borst

Sergio Borao Llop

Freire

página 30 visto en redes

Luis Felipe Ortiz Reyes

Bastián Núñez

Remedios Solano

Nataly Noboa

Jaime Rodríguez Maté